

La Galla Carreró

Ilustración



Artística

Año XXX

BARCELONA 20 DE NOVIEMBRE DE 1911

Núm. 1.560

BARCELONA.—SALÓN PARES



CONCIERTO ÍNTIMO, cuadro de Román Ribera

Sobrado conocido de nuestros lectores y del mundo del arte en general es el nombre del notable pintor barcelonés Román Ribera para que hayamos de ponderar una vez más las excelencias de sus obras, la corrección con que dibuja, la delicadeza con que pinta, la maestría, en una palabra, con que cultiva ese difícil género á que con predilección se dedica y en el cual ha adquirido una personalidad inconfundible y una fama tan grande como justa. En el adjunto cuadro, que con razón fué alabado en la última exposición del Salón Parés, se admiran en grado extraordinario las cualidades que dejamos indicadas y que son el sello característico de su celebrado autor.

SUMARIO

Texto.—*Revista hispanoamericana*, por R. Beltrán Rózpide. — *La verbena rósea*, por Guido de Teramond. — *Los principales saltos de agua del mundo y su utilización industrial*. — *Guerra de Italia contra Turquía*. — *Inauguración del ferrocarril de Gerona á Olot*. — *S. A. la infanta Doña Paz en Barcelona*. — *El enigma de la calle de Cassini* (novela ilustrada; continuación). — *Gerona. Los Juegos Florales*. — *Barcelona. Funerales por el alma del general Ordóñez*. — *Exposición de crisantemos*. — *Cuento de abril*.
Grabados.—*Concierto íntimo*, cuadro de Román Ribera. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el cuento *La verbena rósea*. — *Mrs. Julia Worthington*, busto en yeso de Courtenay Pollock. — *Florencia. Exposición del Retrato Italiano*. — *Guerra de Italia contra Turquía*. — *Barcelona. Gran Teatro del Liceo. Maestro director y principales cantantes que forman parte de la compañía*. — *La confidencia*, cuadro de S. Hurel. — *En la tierra de los gitanos*, cuadro de J. Sala. — *Inauguración del ferrocarril de Gerona á Olot*. — *Barcelona. S. A. la infanta Doña Paz, el alcalde y el capitán general á la salida del Apeadero*. — *Gerona. Juegos Florales. La Reina y su Corte de Amor*. — *Barcelona. Funerales por el alma del general Ordóñez*. — *Exposición de crisantemos en el Fomento del Trabajo Nacional*. — *Decoración del último cuadro de «Cuento de abril»*.

REVISTA HISPANOAMERICANA

La Universidad de los Andes y la Paz americana. — Las aspiraciones á la Unión centroamericana y los medios de realizarla. — *El Salvador*: situación política y progreso general. — *Honduras y Nicaragua*: nuevos presidentes: los cambios y la agricultura en Nicaragua. — *Guatemala*: la concesión de todas las zonas mineras del país. — Un programa de cordial inteligencia entre España y los pueblos de Centroamérica. — El comercio de libros entre España é Hispanoamérica. — La producción intelectual española en América y la hispanoamericana en España.

En la Universidad de los Andes (Mérida de Venezuela) se celebró el centenario de su fundación con un llamamiento férvido, entusiástico á la Paz americana. Llevó la voz de la Universidad el Dr. Parra Pérez. Quiere acabar con el estado de guerra, abierto ó latente, en que viven algunos Estados de América. No confía, para lograrlo, en arbitrajes ni mucho menos en tribunales como el de La Haya, cuyo fracaso señala, de acuerdo en esto con lo que no ha mucho decía un español casi americano por su larga residencia en países del Nuevo Mundo, el Dr. Ramírez Fonteche, que en frase humorística citaba las tres cosas más nombradas entre las que para nada sirven, á saber: la espada de Bernardo, la carabina de Ambrosio y el Tribunal internacional de La Haya.

Una especie de liga anfictiónica entre los pueblos, un tribunal permanente y soberano al cual fuese para inapelable sentencia el litigio ó la querrela, podría salvar, como indica el Dr. Parra, las dificultades internacionales de Estados que gastan su vivir en disputas por «tierras donde clama el silencio y habita la soledad, por ríos que se aburren en el ritmo perenne de sus ondas ignorantes del remo y de la vela;» mas nada se conseguiría respecto á la vida interior de esas entidades políticas donde los caudillos apelan al tumulto, á la revolución y á la guerra para conquistar el poder.

Pero el fenómeno del tumulto no es único en la historia, y es ley sociológica que en toda gestación de Estados contorsione sus anillos la discordia. Sobre ella y sobre ambiciones, banderías y rivalidades prevalece al fin el sentimiento patriótico, y la idea de la patria, arraigada hondamente en el corazón de los pueblos, basta para salvarlos. Hay que crear ciudadanos, hay que hacer pueblo que substituya al rebaño de hombres inconscientes que no pueden vivir sin que otro piense por ellos ó los libere de responsabilidades que juzgan molestas ó peligrosas.

Y el único medio de lograr que haya buenos ciudadanos y pueblo capaz de amoldarse al régimen democrático, es educar é instruir, acometer resueltamente la campaña de instrucción y educación y sostenerla con perseverancia de modo que impulse la natural evolución progresiva de las sociedades.

Sólo así se llegará á la «Paz americana,» á la verdadera paz, que es un estado de equilibrio francamente normal, que no se asegura sino por la recíproca confianza entre gobernantes y gobernados, por la simultaneidad de pensamiento y de acción entre los que mandan y los que obedecen.

Donde menos resultado da el principio de arbitraje consignado en leyes y tratados, donde es más frecuente el tumulto ó la revolución y donde, sin embargo, más se habla y se escribe y se legisla en pro de la paz interior y de la armonía internacional, es en Centroamérica.

El Salvador, Honduras, Nicaragua llevan unos cuantos años de movimientos revolucionarios y de

conspiraciones, algunas, por cierto, encaminadas á conseguir la Unión centroamericana por medios de violencia. No ha mucho circuló el rumor de que el presidente de Guatemala, en connivencia con la escuadra yanqui, se proponía iniciar por acto de fuerza la Unión centroamericana. Con este motivo, el ministro de El Salvador en México declaró públicamente, por medio de la prensa, que los salvadoreños en masa se opondrían á que se realizase la apetecida unión á punta de bayoneta y con menoscabo del decoro nacional. No admiten la unión en forma de conquista y al servicio de las ambiciones de un hombre, sea quien fuere, y se sienten con alientos para repelela, si así se la pretende imponer. Quieren la unión, mas sólo por el afecto y mutuo acercamiento de los pueblos, deliberando entre todos la mejor forma de llevarla á cabo.

Entretanto, fracasado el movimiento revolucionario que acaudilló el Dr. Prudencio Alfaro, el gobierno salvadoreño dirige un movimiento al país haciéndole saber que el Consejo de guerra ha condenado á muerte á varios de los sediciosos, que la sentencia ha sido confirmada respecto de uno de ellos y que el pueblo debe ver en los actos del jefe de la nación el pleno imperio de la ley y la seguridad de que la paz se consolidará sin recurrir al estado de sitio ni á las medidas violentas que traería consigo.

En otro orden de cosas, preciso es reconocer que la pequeña y culta República de El Salvador va desarrollando, según leemos en su prensa, gran número de obras dignas todas de un país próspero y rico: empréstito interior para convertir su sistema de moneda fraccionaria al sistema decimal, creación de departamentos de agricultura, de consulados y de oficinas de telégrafo inalámbrico entre la capital y los puertos, medidas para el ornato y embellecimiento de sus mejores poblaciones, apertura de nuevos puertos, etc. Los que han concurrido á las fiestas de agosto en San Salvador, hablan de aquella ciudad y de su vida con extraordinario entusiasmo.

En Honduras, como se presumía, ha sido electo para la presidencia el general Bonilla. La Asamblea de Nicaragua eligió el 7 de octubre presidente de la República al general Luis Mena para el período de 1913 á 1916.

Siguen los ánimos muy excitados en la última de las citadas Repúblicas: hasta el clero toma parte en las contiendas políticas, y el obispo ha tenido que prohibir á los sacerdotes que publiquen en la prensa artículos de polémica.

La situación económica no es buena; aparte el malestar sostenido por el tipo del cambio (1.500 por 100 sobre giros norteamericanos y 1.485 por 100 sobre el oro inglés á principios de octubre), los agricultores están muy alarmados ante las consecuencias que puede ocasionar el contrato celebrado con la Compañía «The United Fruit» que á fuerza de millones va acaparando las fincas de plátanos, poniendo á los pequeños propietarios en el trance de abandonar ó malvender las suyas. Además, de día en día escasean más los brazos para las labores del campo, y los jornales suben extraordinariamente.

Cuestión de actualidad en la República que preside Estrada Cabrera es la que ha dado en llamarse «La venta de Guatemala.» Se trata del contrato suscrito entre el gobierno y un Sindicato representado por el Sr. Spriggs, exgobernador de Montana y exdroguero, contrato por virtud del cual se conceden á dicho Sindicato todas las zonas mineras del país para su exploración y explotación. Además, la Compañía concesionaria tiene el derecho de escoger, adquirir y poseer los terrenos que le convengan para fundiciones, fábricas y otros edificios, el de utilizar todas las vías fluviales y terrestres y construir los caminos que necesite para el transporte de minerales, el de aprovechar fuerza hidráulica donde la haya y el goce de exención de impuestos y de franquicia de aduanas para introducir material destinado á las minas. A cambio de todo esto, el Sindicato yanqui que representa Spriggs entregará al gobierno el 10 por ciento de todos los beneficios que se obtengan.

Según un informe oficial, el mínimo admisible como rendimiento del capital empleado en las minas debe ser el 25 por 100, y suponiendo que el capital del Sindicato se eleve á 50.000.000 pesos oro, el gobierno de Guatemala disfrutará de un ingreso anual importante 1.250.000 pesos.

Otro punto digno de consideración y de especial interés para España trata en estos días la prensa de Centroamérica. En la *Revista Económica*, que se publica en Costa Rica, insérase un artículo sobre «L'entente cordiale (así, en francés, por más que el artículo está escrito en español) hispanocentroamericana.»

No hay más favorables condiciones, dice, para que dos pueblos caminen á la par que los de Centroamérica y España, cuyas recíprocas relaciones, de orden material é intelectual, tan sólidamente pueden y deben cimentar un estrechamiento más íntimo, no de mera utilidad ocasional y oportunista, sino de perdurable acuerdo de sentimientos y de legítimas ambiciones civilizadoras y progresivas. Si este acuerdo, por tantos motivos simpático á los dos países, pudiera ser para Centroamérica de incontrastable utilidad práctica y de seguros efectos para evitar una desnacionalización, para España sería una señal y un estímulo de progreso económico.

Recuérdase además en el notable artículo á que nos referimos la brillante iniciativa, del ilustre escritor centroamericano Modesto Armijo, que aspira á fomentar, con carácter de permanencia, un acuerdo hispanocentroamericano de largas vistas y generosos propósitos. Medios de conseguir la intimidad y constancia de relaciones á que se aspira son los tratados de arbitraje y de comercio que pongan á España y á las Repúblicas centroamericanas en situación de excepcionales ventajas recíprocas sobre los países extranjeros, el establecimiento de servicios directos de navegación, creando depósitos centrales en Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica para el comercio centroamericano, y otros en Barcelona, Málaga y Santander para el comercio de Centroamérica en Europa, la construcción de casas ó museos allí y aquí para la exposición de productos, la armonía en cuanto sea posible de la legislación civil y comercial y la aproximación científica, literaria y artística, valorizando recíprocamente los diplomas profesionales y de habilitación en una y otras naciones y promoviendo íntima relación entre la prensa y las sociedades de beneficencia é instrucción de Centroamérica y de España.

Tal es el programa del centroamericano Sr. Armijo. Si hasta ahora nada se ha conseguido y nada se ha hecho con carácter práctico se debe principalmente al desconocimiento que hay en España de aquellos países de América. Esta afirmación, que puede extenderse á todos los pueblos hispanoamericanos, es una gran verdad. Y en prueba de ello, véase la siguiente curiosa estadística, extractada de la del Comercio exterior de España que acaba de publicar nuestra Dirección general de Aduanas.

El valor de los libros y demás impresos que durante el año 1910 ha enviado España á la América en que se habla español, ha sido:

A la República Argentina.	3.342.300 pesetas
A México.	857.700 »
A Cuba.	565.500 »
A Panamá.	142.900 »
A Chile.	123.400 »
Al Uruguay.	105.800 »
Al Perú.	77.000 »
A Colombia.	74.300 »
A Puerto Rico.	74.200 »

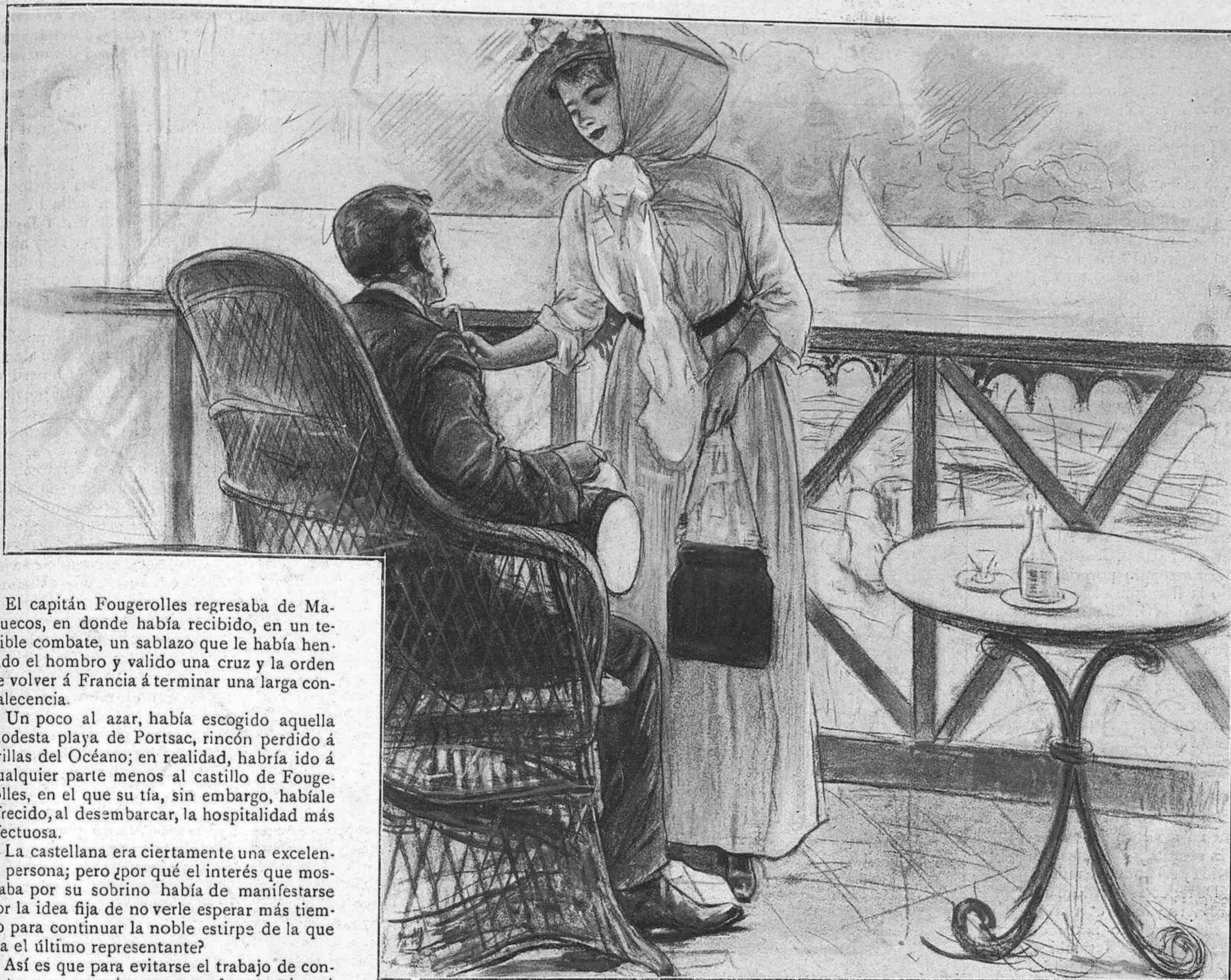
Resulta, pues, un total de 5.363.000 pesetas, que bien puede elevarse á 5.400.000 si se aprecian las pequeñas cantidades de libros exportados á las demás Repúblicas hispanoamericanas.

En cambio, de libros é impresos procedentes de América no hay partida ninguna en la Estadística. Su importación es nula ó su valor tan exiguo que no llega á la cantidad fijada como mínimo para consignar nominalmente el artículo importado.

Resulta, pues, que la producción intelectual española es conocida en América, pero á España no viene lo que se escribe en aquellas Repúblicas. Razón de ello podrá ser por una parte la numerosa colonia española que allí vive, por otra el alto valor en pesos de los libros que se imprimen en América. Pero sea cual fuere la causa, el hecho es que los hispanoamericanos están en condiciones de estudiarnos y conocernos leyendo lo que producimos, y á nosotros nos es muy difícil saber por ellos mismos lo que son y lo que valen, porque sus obras literarias y científicas, que son numerosas y de gran mérito muchas, no llegan á la Península. Y quien lo dude, que se tome la molestia de recorrer las librerías de Madrid y de Barcelona en demanda de libros sobre hombres, tierras y cosas de América escritos é impresos en América.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

LA VERBENA RÓSEA, CUENTO DE GUIDO DE TERAMOND (I), dibujo de Mas y Fondevila



El capitán Fougerolles regresaba de Marruecos, en donde había recibido, en un terrible combate, un sablazo que le había hendido el hombro y valido una cruz y la orden de volver á Francia á terminar una larga convalecencia.

Un poco al azar, había escogido aquella modesta playa de Portsac, rincón perdido á orillas del Océano; en realidad, habría ido á cualquier parte menos al castillo de Fougerolles, en el que su tía, sin embargo, habíale ofrecido, al desembarcar, la hospitalidad más afectuosa.

La castellana era ciertamente una excelente persona; pero ¿por qué el interés que mostraba por su sobrino había de manifestarse por la idea fija de no verle esperar más tiempo para continuar la noble estirpe de la que era el último representante?

Así es que para evitarse el trabajo de contestar una vez más con rotundas negativas á las excitaciones cada día más apremiantes de su tía, había pretextado la necesidad de respirar el aire salino indispensable para su curación completa, y huído á un sitio apartado adonde no se le ocurriera á aquélla ir á buscarle.

Como solía hacerlo diariamente después de almorzar, el capitán encaminóse lentamente á la terraza del Casino, se instaló en un cómodo *roking chair* y encendiendo un cigarrillo, se puso á contemplar el mar y á dejar vagar su pensamiento.

Y mientras contemplaba el horizonte lejano, orlado de blancas espumas que semejaban bandadas de gaviotas, pensaba con secreta alegría que pronto pasaría el mar nuevamente arrastrado por el choque de las armas y los ruidos del campamento que constituían el mayor de sus amores.

De repente una voz dulcísima interrumpió su meditación:

—Dispense usted, caballero.

Alzó los ojos y vió delante de él á una joven que, turbada por su propia audacia, le explicó que en el Casino se organizaba una tómbola para los pobres de Portsac y le suplicó que le tomase algunos billetes.

El primer impulso del oficial fué contestar que, hallándose de paso en Portsac, no estimaba necesario interesarse en las obras caritativas de sus bañistas.

Pero advirtiéndole que su interlocutora estaba lindísima con el traje blanco que moldeaba su talle delgado y flexible y que debajo de su gran sombrero de tul adornado con rosas asomaban unos bucles dorados que envolvían en un reflejo luminoso el más delicioso rostro que pudiera imaginarse, sacó de

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Alzó los ojos y vió delante de él á una joven ..

su bolsillo una moneda de oro y se la ofreció sonriente.

—Señorita, es para mí una verdadera dicha poder complacer á usted.

Y cuando la joven se alejaba, llamó á un criado del Casino.

—¿Sabe usted cómo se llama esa señorita?, preguntóle.

—Es la señorita Lamarre, respondió aquél. Sus padres pasan todos los años la temporada en la quinta de las Espadañas, que es de su propiedad; mírela usted, es aquella que se ve allá abajo en medio de un grupo de árboles.

Pasaron ocho días. El capitán no pensaba ya en la tómbola, cuando una tarde, al dirigirse á los caballitos, cruzóse, en los corredores del Casino, con la señorita Lamarre, quien, separándose de sus amigos, se acercó á él.

—Caballero, le dijo después de consultar un librito de memorias; hemos procedido al sorteo y le ha tocado á usted una verbena rósea.

—¿De veras, una verbena rósea?, exclamó el oficial con acento de jovial satisfacción. ¡Cuánto lo celebrol!

Pero luego, reflexionando, inclinóse respetuosamente ante su interlocutora y le dijo:

—¿Me permite usted, señorita, que se la ofrezca? Y al ver que ella se sonrojaba, no sabiendo si debía aceptar, apresuróse á añadir:

—Aunque sólo sea para autorizarme á preguntar á usted, cuando tenga el placer de encontrarla, si está ya marchita la planta.

Al día siguiente, el capitán Fougerolles sintióse extrañamente conturbado. Durante toda la noche, había tenido delante de sus ojos la imagen de la señorita Lamarre y no podía menos de pensar no sólo

que era bellísima, sino además que no conocía él joven más seductora y graciosa.

—Pero después de todo, ¿qué me importa?, decía-se encogiendo los hombros. Dentro de tres días, ni siquiera pensaré en ella.

Pero quiso la casualidad que un día, sin darse cuenta, pasara precisamente por delante de la quinta de las Espadañas; una emoción que no pudo dominar, le hizo detenerse: al través de una ancha ventana había visto sobre el piano la delicada silueta de su verbena en una elegante maceta de bronce.

De modo que la joven pensaba en él. El sitio de honor que había dado á la planta atestiguaba el valor que daba á su modesto recuerdo; y al imponerse el trabajo de cuidarla, ponía en su vida algo de él.

Y desde entonces, una fuerza irresistible le llevó todos los días á la quinta de las Espadañas.

—Soy un loco, decía-se á veces con cierta cólera sorda. ¿De qué me sirve este sentimentalismo ridículo? La señorita Lamarre no me ama y yo tampoco la amo á ella.

Pero desde aquel momento, huyó de él la tranquilidad, y apoderóse de él la absurda superstición de que su existencia estaba unida á la de aquella flor y de que ésta simbolizaba su propio destino.

Para substraerse á tal obsesión, fué á encontrar al jardinero encargado de la conservación del jardín de la quinta de las Espadañas y le ordenó que así que la verbena rósea corriera peligro de marchitarse, la reemplazase discretamente por otra.

—Gracias á esta inocente estratagema, decía-se, tendré, hasta que me vaya, la ilusión de que mi verbena dura todavía.

De pronto interrumpió la crisis perturbadora en

que el capitán se agitaba un telegrama llamándole con urgencia al ministerio de la Guerra.

En otro tiempo, habríase sentido poseído de una alegría entusiasta al preguntarse á qué país lejano le propondrían ir á pelear.

Ahora, en cambio, por vez primera, la sola idea de salir de Francia le llenaba de una emoción indefinible.

Permaneció una semana en París. Los embajadores marroquíes habían mostrado propósitos de paz y en el ministerio habían recurrido á él como intérprete.

Inmediatamente después de cumplir su misión, apresuróse á regresar á Portsac, y al bajar del tren, su primer cuidado fué correr á la quinta de las Espadañas y lanzar una mirada inquieta al través de la ventana.

Pero de pronto palideció y sus piernas se doblaron. La verbena rósea no estaba allí; en la maceta de bronce otra había ocupado su puesto, una verbena blanca que erguía insolentemente sobre el piano su cabecita redonda y despeluzada.

Un dolor agudísimo le atravesó el cerebro. Al saber su partida, ¿habría la joven arrojado por despecho la flor que él le ofreciera, ó la habría simplemente substituído por la de algún rival más afortunado?

Entonces comprendió que amaba á la señorita Lamarre y que al perderla perdía para siempre su felicidad.

—¡Ea!, pensó tristemente. No me queda más recurso que irme al hotel, cerrar mi maleta y huir á tierras remotas, en donde se olvida y en donde se muere.

De repente, acordóse del jardinero y fué corriendo á su casa; pero antes de que él abriese los labios, éste se excusó humildemente:

—Va usted á reñirme, capitán; mas no es mía la culpa. No tenía en mi jardín ni una verbena rósea, ¡qué quiere usted, una fatalidad! Y como no estaba usted aquí, creí obrar bien poniendo una verbena blanca en lugar de la que comenzaba ya á marchitarse... Pero, añadió en tono marullero, puede usted estar tranquilo, porque he tenido buen cuidado de no decir una palabra de ello.

Dos meses después, el capitán Fougerolles se casaba con la señorita Lamarre.

LOS PRINCIPALES SALTOS DE AGUA DEL MUNDO Y SU UTILIZACIÓN INDUSTRIAL

Los saltos de agua que con tanto entusiasmo defienden los amantes de la naturaleza, son vivamente codiciados por los utilitaristas, que sólo aprecian el número de caballos que pueden producir haciendo funcionar unas turbinas. Y es muy probable que todo cuanto hagan artistas y poetas por salvarlos será inútil, pues á medida que vaya siendo más cara la hulla negra y que sea más intensa la necesidad de fuerza motriz, las reservas de «hulla blanca» y de «hulla verde» serán acaparadas por la industria y habrán de proporcionar al hombre todo el trabajo de que son susceptibles.

Hace pocos años que los saltos de agua han comenzado á ser reducidos á servidumbre, y sin em-

bargo, ¿cuántos no son ya los que han desaparecido en los anales de las fábricas?

Actualmente son disputados los saltos del Rhin en Shaffhausen, ó mejor dicho, lo que de ellos queda, y el gobierno suizo se ve y se desea para preservarlos alegando la atracción que significan para los turistas y el provecho que de ellos resulta para el

En Africa y en la misma América hay cataratas muy superiores á las del Niágara, aun cuando éstas hayan sido consideradas, durante mucho tiempo, como las mayores del mundo.

De una parte, hay las cataratas del Zambeze (Victoria-Falls), que son dos veces más altas y dos veces más anchas que aquéllas; y de otra las del Iguasú, un afluente del Paraná, que

tienen una altura de ciento y pico de metros y una anchura de tres kilómetros. Estas últimas son tan potentes por sí solas como todas las de la Escandinavia, uno de los territorios más ricos en hulla blanca, y como diez veces las de Alemania, y por muy aisladas que estén del mundo civilizado, no tardarán en ser codiciadas por gente emprendedora.

El Brasil y la República Argentina, naciones de las cuales forma el Iguasú el límite común, han previsto por fortuna esta eventualidad y se han puesto de acuerdo para evitarla.

En cuanto á las cataratas del Zambeze son ya objeto de un compromiso; su potencia se estima en treinta y cinco millones de caballos, el quíntuplo que las del Niágara, y la «Victoria Power Company» solicita extraer para su uso ciento cincuenta mil, es decir, menos de las dos centésimas partes del total.

En el mundo no hay otros saltos comparables con los anteriores; el Asia, á pesar de sus montañas colosales, cuenta muy pocos.

El Congo, en cambio, está cortado por numerosas cataratas que, por la anchura del río, pueden ser clasificadas entre las más importantes del mundo.

Las Stanley-Falls comprenden diferentes gradas de una altura total de cincuenta metros por mil trescientos de anchura, y no tardarán sin duda en ser explotadas.

Entre su desembocadura y el Stantey-Pool, el río presenta saltos de ciento diez metros que pueden suministrar en total una fuerza mucho mayor todavía.

El Nilo tiene también cataratas que, sin ser muy altas, representanasimismo, gracias á su volumen, una potencia considerable.

Los saltos de agua más profundos de Europa son los de Rjukán, en Noruega, en la provincia de Telemarken; el principal de ellos tiene doscientos sesenta metros de alto y los dos reunidos, comprendiendo en ellos los rápidos intermedarios, corresponden con un desnivel de seiscientos metros, á un caudal de agua de cincuenta metros cúbicos por segundo. Estos saltos representan una fuerza de doscientos cincuenta mil caballos y han sido enteramente absorbidos por las fábricas de productos químicos instaladas en la región.

El salto de agua más famoso de Suecia, el de Trollhata, ha sido igualmente explotado por la industria y en el mismo caso se encuentran la mayor parte de los de aquel país, que se utilizan para producir electricidad y remolcar trenes. La catarata de Porjus ha cedido á la industria ochenta mil caballos de fuerza de los doscientos cincuenta mil que representa.

La potencia de los saltos de agua disponibles en el mundo dista mucho de ser ilimitada, y todas sus fuerzas reunidas difícilmente suplirían, el día en que la hulla nos faltase, la fuerza motriz que ésta en la actualidad nos proporciona.—T.



Mrs Julia Worthington,

busto en yeso ejecutado por Courtenay Pollock

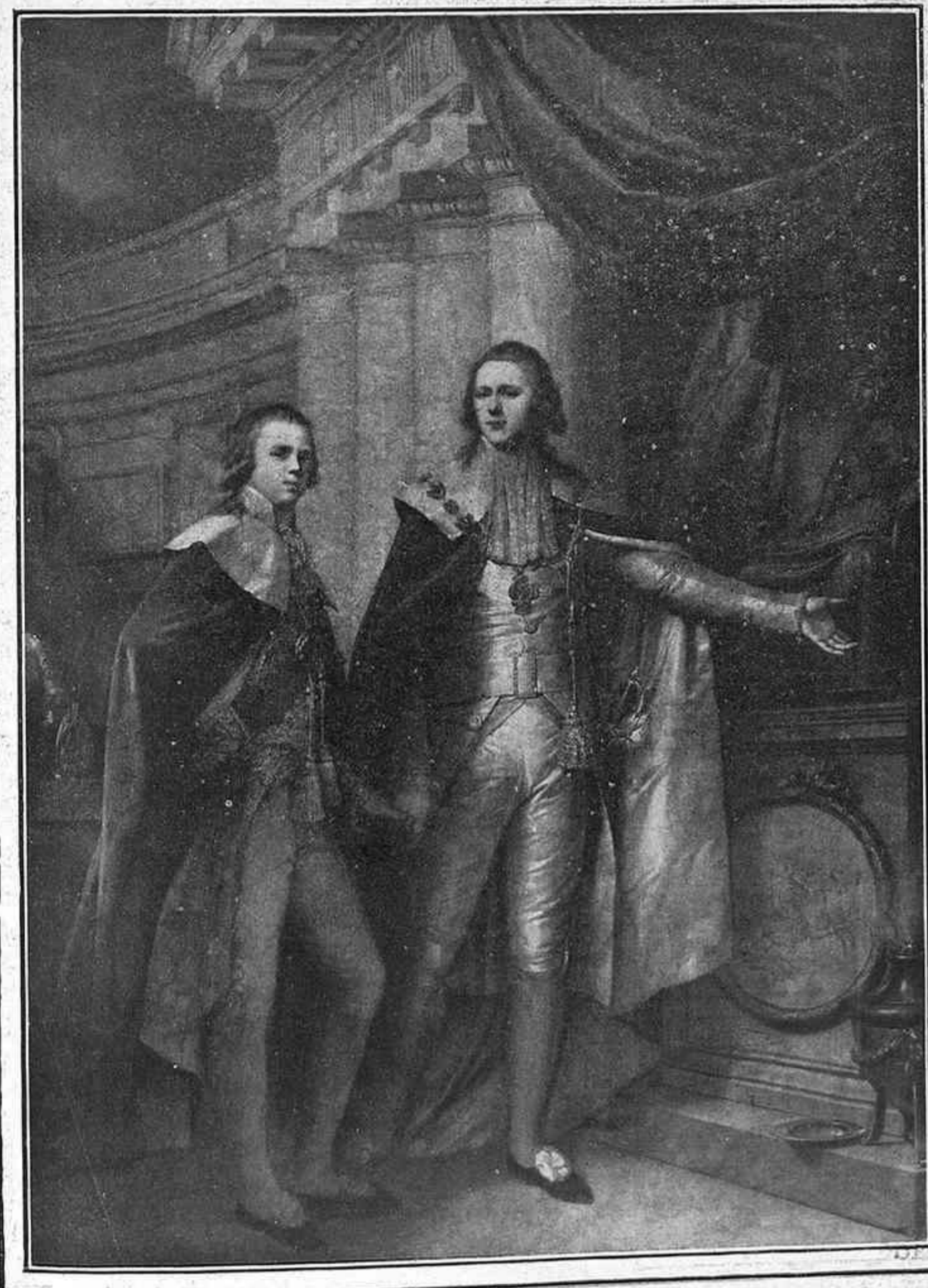
país. Más disputadas son aún las cascadas del Niágara que, á pesar de su enormidad, acabarían por desaparecer si se dejase hacer á los implacables ingenieros.

El *Mouvement Géographique* de Bruselas ha formado una lista de los principales saltos de agua que la industria de todos los países acecha y que representan una fuente de energía gigantesca; de ellos, algunos están, por algún tiempo, al abrigo de las tentaciones de la ciencia, otros están condenados á una próxima utilización.

California posee un salto de agua, el de Yosemite, que es el más alto del mundo y que opera, en tres cascadas, un descenso de 900 metros.

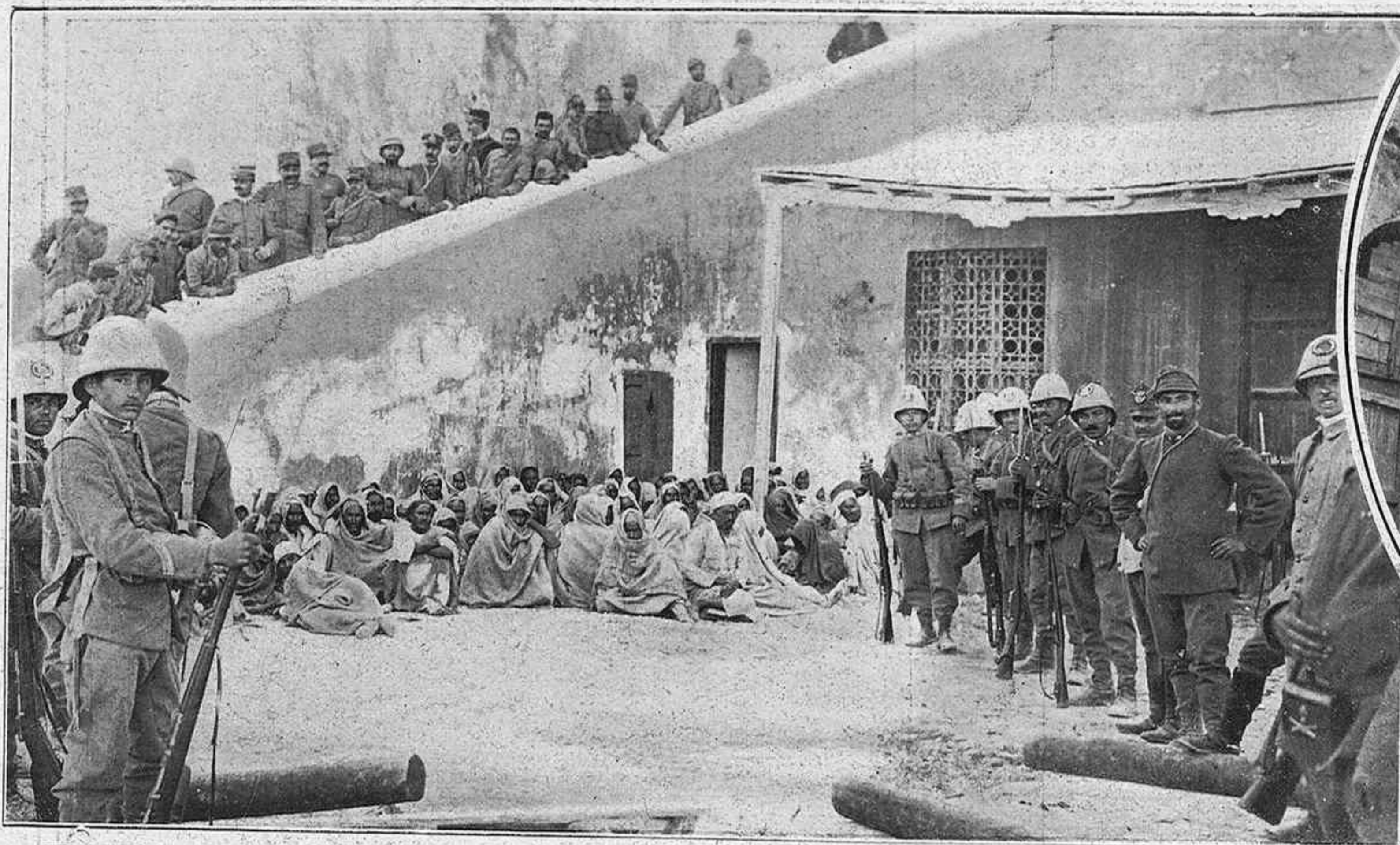
El valle en que está situado no fué descubierto hasta 1851 y afortunadamente ha sido erigido en parque nacional, es decir, ha sido declarado inviolable.

Aquel salto ha de subsistir tal como lo ha hecho la naturaleza, para atestiguar la fisonomía original del país; de este modo queda protegido contra las empresas industriales; pero este es un privilegio raro y que no parece garantizado más que á muy pocas cataratas.



La emperatriz Isabel de Austria, retrato pintado por B. Sogni que se conserva en el ministerio del Tesoro, de Roma - Catalina de Rusia, retrato pintado por G. B. Lampi que se conserva en el palacio imperial de San Petersburgo. - Los grandes duques Alejandro y Constantino de Rusia, grupo pintado por G. Lampi que se conserva en el Museo Imperial de San Petersburgo. - Mariana Waldstein, retrato pintado por Andrés Appiani que se conserva en la Galería de San Lucas, de Roma,

GUERRA DE ITALIA CONTRA TURQUÍA. (Fotografías de M. Rol.)



Trípoli.—Arabes sospechosos vigilados de cerca por soldados antes de comparecer ante el tribunal

Desde los combates de 23 y 26 de octubre no ha habido ningún hecho de armas digno de especial mención, pues no merecen calificarse de tales las escaramuzas que diariamente sostienen los italianos contra las fuerzas turco-árabes. Los invasores de Trípoli continúan fortificándose en las posiciones conquistadas, pero por ahora no emprenden seriamente el avance hacia el interior, que algunos suponen aplazado hasta la próxima primavera.

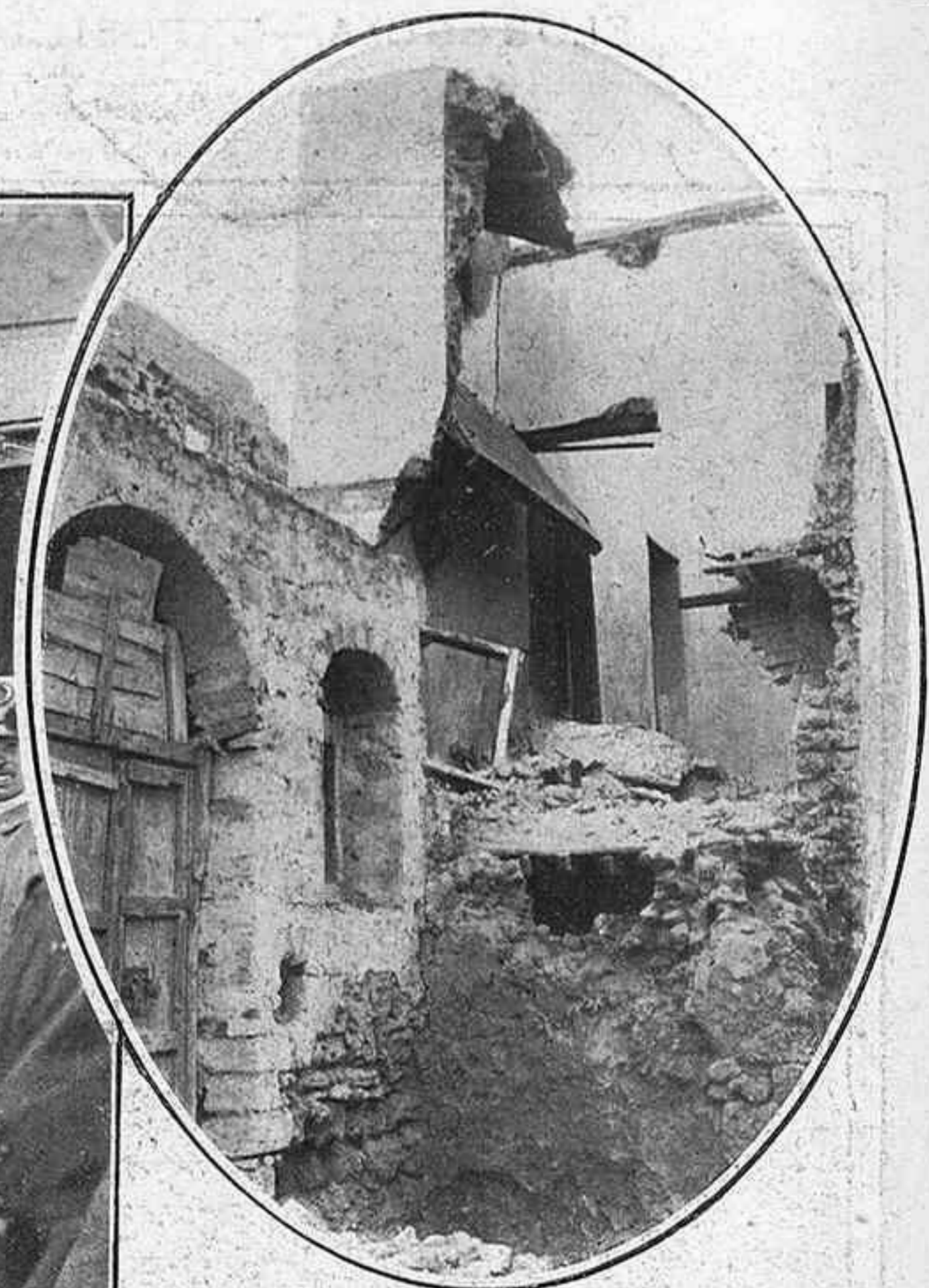
En esta guerra ha prestado por primera vez importantes servicios la navegación aérea. Varios aviadores militares evolucionan constantemente sobre el campo enemigo, aportando luego a sus jefes interesantísimos datos que son de gran utilidad para la combinación de los planes y la ejecución de las operaciones. Este cuerpo de aviadores militares que funciona en Trípoli y en la Cirenaica será en breve reforzado por un contingente de aviadores civiles; cuarenta y siete de éstos se han ofrecido al gobierno, que ha aceptado su ofrecimiento, señalándoles un sueldo bastante elevado y comprometiéndose a comprarles sus aparatos. Este refuerzo permitirá formar cinco escuadrillas de aeroplanos que se distribuirán entre Trípoli, Benghazi, Derna y Tobruck.

También ha entrado en funciones el globo *Dra-ken* y gracias á las indicaciones de sus tripulantes

tencias contra la anexión de Trípoli y de la Cirenaica decretada por el rey de Italia, protesta de la que hablamos en la crónica anterior, la Puerta declara que considera esa anexión como nula y sin valor alguno de derecho y de hecho, por ser contraria á los principios más elementales del derecho de gentes. Añade que, estando aún en guerra Turquía é Italia,

diciendo que la comunicación de Italia á las potencias sobre la anexión constituye una violación doble y formal del compromiso contraído en virtud de tratados, especialmente los de París y de Berlín, por Italia con las potencias y la Puerta concernientes á la integridad territorial de Turquía.

Esta protesta no ha impedido que el general Caneva hiciera publicar en los territorios ocupados el decreto de anexión, lo que ha hecho por medio de



Estado de una casa de Trípoli después del bombardeo



Arabes del interior de la Tripolitania conducidos á Trípoli por soldados italianos para someterse á la soberanía de Italia.

un manifiesto que, escrito en italiano y en árabe, ha sido fijado en la ciudad y en los suburbios de Trípoli, así como en las poblaciones de Homs, Benghazi, Derna y otras.

La prensa de muchos países, singularmente la inglesa, continúa su campaña sobre las matanzas en masa realizadas por los italianos, matanzas en las que perecieron viejos, mujeres y niños. Italia sigue calificando tales acusaciones de infames calumnias, protestando de haberse ajustado estrictamente á los principios y usos de la guerra y justificando las medidas rigurosas que su ejército se ha visto obligado á adoptar, no sólo por la conducta traidora de los árabes, sino también por las crueldades inicuas que éstos cometen de continuo con sus soldados, martirizando y mutilando á los heridos y no respetando ni siquiera el cuerpo de sanitarios en el ejercicio de sus sagradas funciones.

Todo esto que dicen los periódicos italianos podrá ser cierto; pero no lo es menos que la fotografía, con su exactitud implacable, ha puesto de manifiesto escenas horribles de matanzas que confirman las acusaciones de los contrarios de Italia.—S.



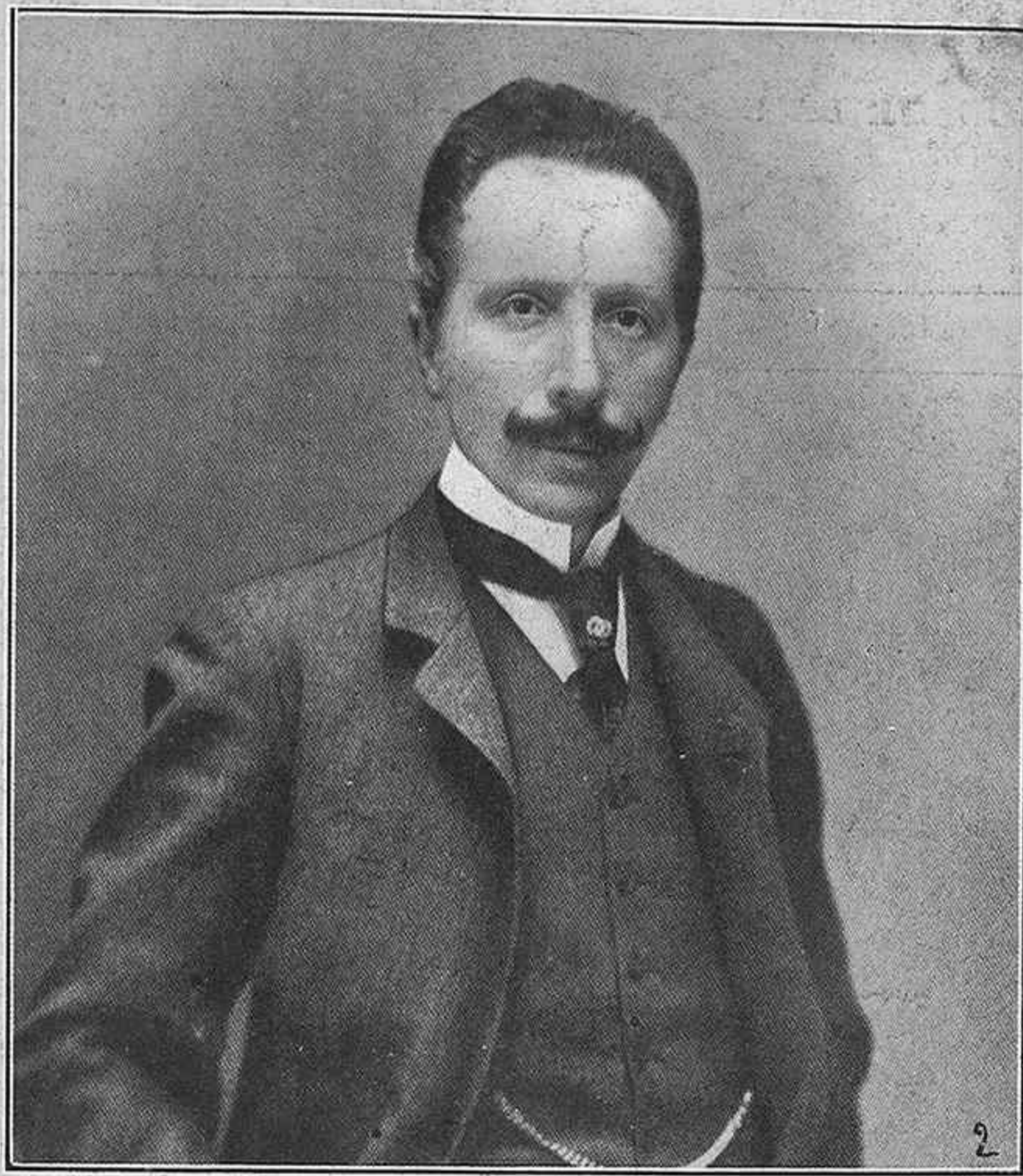
Trípoli.—Arabes contemplando maravillados las evoluciones de un aeroplano militar

han podido los buques de guerra hacer excelentes blancos en el campamento turco.

En la protesta que Turquía ha dirigido á las po-

quiere la Puerta conservar y defender por medio de las armas sus derechos de soberanía imprescriptibles é inalienables sobre las dos provincias; y termina

BARCELONA. - GRAN TEATRO DEL LICEO
TEMPORADA DE 1911-1912



1. *Teresina Burchi*
(soprano absoluta)
2. *Eduardo Mascheroni*
(maestro director)
3. *Lina Pasini-Vitale*
(soprano absoluta)
4. *Cayetana Lloró*
(soprano absoluta)
5. *José Anselmi*
(primer tenor)
6. *Ángel Pintucci*
(primer tenor)
7. *Victoria Dornelli*
(soprano absoluta)

8. *Livia Berlendi*
(soprano absoluta)
9. *Elvira de Hidalgo*
(soprano ligera)
10. *Ricardo Stracciari*
(primer barítono)
11. *Juan Raventós*
(primer tenor)
12. *Luis Nicoletti-Kormann*
(primer bajo)
13. *Enrique Nani*
(primer barítono)

MAESTRO DIRECTOR Y PRINCIPALES CANTANTES QUE FORMAN PARTE DE LA COMPAÑÍA

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1911



LA CONFIDENCIA,

reproducción del celebrado cuadro de S. Huret

El principal encanto de este cuadro es el suave ambiente de apacibilidad que en él se admira y que armoniza perfectamente con el asunto que en él se desarrolla. En el retiro del elegante gabinete, una joven graciosa y esbelta y cuya belleza se adivina á pesar de no vérselo el rostro, lee á su amiga una carta que indudablemente contiene la declaración amorosa del que ya antes de escribirle había logrado conmovir su corazón; su confidente la escucha complacida y en su semblante se revela el interés con que sigue la lectura de la tierna misiva y la sinceridad con que comparte el gozo de la feliz enamorada.

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1911



EN LA TIERRA DE LOS GITANOS,
reproducción del notable cuadro de J. Sala

Hermoso contraste con el cuadro de Hurel que en la página anterior reproducimos y describimos forma la bellísima obra del notable pintor español Sala que adjunto publicamos. Este lienzo es una nota de pasión, una escena eminentemente dramática; los personajes, vigorosamente trazados, sienten con violencia; hay una lucha ent-

blada entre ambos, lucha en que se adivinan, en el apuesto joven, un ataque insistente, tenaz, y en la gentil gitana, la duda, la vacilación, la resistencia seriamente quebrantada. Contribuye á realzar el valor de estas dos figuras el aspecto semitrético del lugar en que el interesante episodio se desenvuelve.

Sr. Surribas, el teniente coronel de la guardia civil Sr. Morell y otros distinguidos invitados.

Allí tomaron los expedicionarios el tren de Olot, cuya máquina estaba adornada con flores y guirnaldas y ostentaba una bandera española y dos catalanas,

Al final del banquete, el Sr. Bosch y Puig, el diputado del distrito Sr. Llosas, el alcalde de Olot y el general Weyler pronunciaron elocuentes brindis, que fueron aplaudidos con gran entusiasmo. A las ocho y media emprendieron los expedicionarios el viaje de regreso á Barcelona.



Inauguración del ferrocarril de Gerona á Olot.
— El vicario general de Gerona Dr. Llor, en representación del obispo, bendiciendo las obras en la estación de Olot.

INAUGURACIÓN DEL FERROCARRIL DE GERONA Á OLOT

La pintoresca y rica comarca olotense ha podido al fin ver cumplidos los deseos durante tantos años acariciados de poseer una línea férrea que la pusiera en comunicación rápida y directa con el resto de España. El ferrocarril cuyo último trozo se inauguró solemnemente el día 14 de este mes, ha costado veintiocho años de lucha que en ciertos momentos hicieron desear aun á los más optimistas de ver realizada tan importante empresa; pero las energías de unos cuantos patriotas lograron vencer todos los obstáculos, alcanzando, por añadidura, los que tal consiguieron, la gloria de haber llevado á cima su obra con capitales exclusivamente catalanes.

Olot y su comarca están, pues, de enhorabuena; felicitemoslas por ello muy entusiastamente y felicitemos asimismo al Consejo de Administración de la Compañía y á cuantos han contribuido á la realización del nuevo ferrocarril.

A poco más de las siete de la mañana, los invitados de Barcelona salieron de la estación de Francia en un tren especial. Figuraban entre los expedicionarios el capitán general señor Weyler, los Sres. Cereceda y Soriano, en representación del presidente de la Audiencia y del rector de la Universidad, el delegado de Hacienda Sr. Eulate, el ingeniero jefe de la división de ferrocarriles Sr. García Faria, el presidente y los vocales del Consejo de Administración Sres. Bosch y Puig, Garí, García Fossas, Recolons, Millet y Carulla, varios diputados y senadores y otras distinguidas personalidades.

En Gerona, juntáronse á la expedición el gobernador civil de aquella provincia Sr. Lacalle, el vicario general de la diócesis Dr. Llor en representación del señor obispo, que no pudo asistir personalmente por hallarse indispuerto, el presi-

con el escudo de Gerona la una y el de Olot la otra. El trayecto desde Gerona á Olot es de una belleza incomparable y las comarcas que el ferrocarril atraviesa son en extremo ricas.

El tren se detuvo en el Panteral, en donde los expedicionarios admiraron la presa y el grandioso salto de agua de la Central Eléctrica Burés, y prosiguió su marcha hasta San Esteban de Bas y Olot.

Allí esperaban á los expedicionarios el Ayuntamiento en corporación presidido por el alcalde D. Ramón Soler, el juez de primera instancia D. Luis M.^a de Mesa, el teniente coronel del batallón de Estella con una comisión de oficiales, las demás autoridades locales, la banda municipal y un público numerosísimo que llenaba por completo los andenes y que, al llegar el tren, prorrumpió en aplausos y aclamaciones.

Después que las autoridades olotenses hubieron saludado al general Weyler y á la comitiva oficial, el Dr. Llor se vistió de los ornamentos sagrados y, asistido del clero con cruz alzada, bendijo solemnemente las obras y la locomotora y luego de entonado el *Te Deum*, pronunció una sentida plática.

Desde la estación dirigióse la comitiva oficial al Teatro Principal, en donde se sirvió un espléndido banquete de 200



Llegada del tren oficial á la estación de Olot. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

S. A. LA INFANTA DOÑA PAZ EN BARCELONA

Escribimos estas notas poco después de haber llegado á esta ciudad la augusta dama que, antes de regresar á su residencia de Munich, ha querido honrarnos con su visita. El recibimiento que á ella y á su hija, la princesa Doña Pilar, ha dispensado Barcelona, ha sido entusiasta y sobre todo cariñoso; los aplausos, los saludos y las aclamaciones inspiráronlos no sólo el respeto á la alta jerarquía de la ilustre visitante, sino más bien el afecto y la simpatía hacia la que con sus bondades y sus virtudes se ha conquistado en todas partes la admiración y el cariño así de los más altos como de los más humildes.

En el andén del Apeadero esperan á S. A. todas las autoridades, comisiones del Ayuntamiento, de la Diputación y de las entidades y corporaciones oficiales, políticas, económicas, artísticas, de cultura y recreativas y gran número de senadores, diputados, militares y otras personalidades. Fuera de la estación y en todo el trayecto que debía recorrer la comitiva, había numeroso público.

Una compañía con bandera y música ha tributado los correspondientes honores á S. A., á quien han saludado el ge-



Barcelona.—Visita de S. A. R. la infanta Doña Paz de Borbón—Su Alteza, el alcalde y el capitán general á la salida del Apeadero (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

dente de la Diputación provincial Sr. Riera, varios diputados, el alcalde Sr. Vallés con algunos concejales, el presidente de la Audiencia provincial Sr. Santurio, el delegado de Hacienda Sr. Ruiz de Grijalba, el ingeniero jefe de Obras Públicas

cubiertos. Ocupó la presidencia el general Weyler, sentándose á sus lados el presidente del Consejo de Administración y el alcalde de Olot y en los demás sitios las autoridades y los consejeros de la Compañía.

neral Weyler y el alcalde, en compañía de los cuales y de su hija la princesa ha ocupado el coche del Ayuntamiento, dirigiéndose al palacio de los marqueses de Comillas, en donde se hospeda, y siendo calurosamente aclamada.

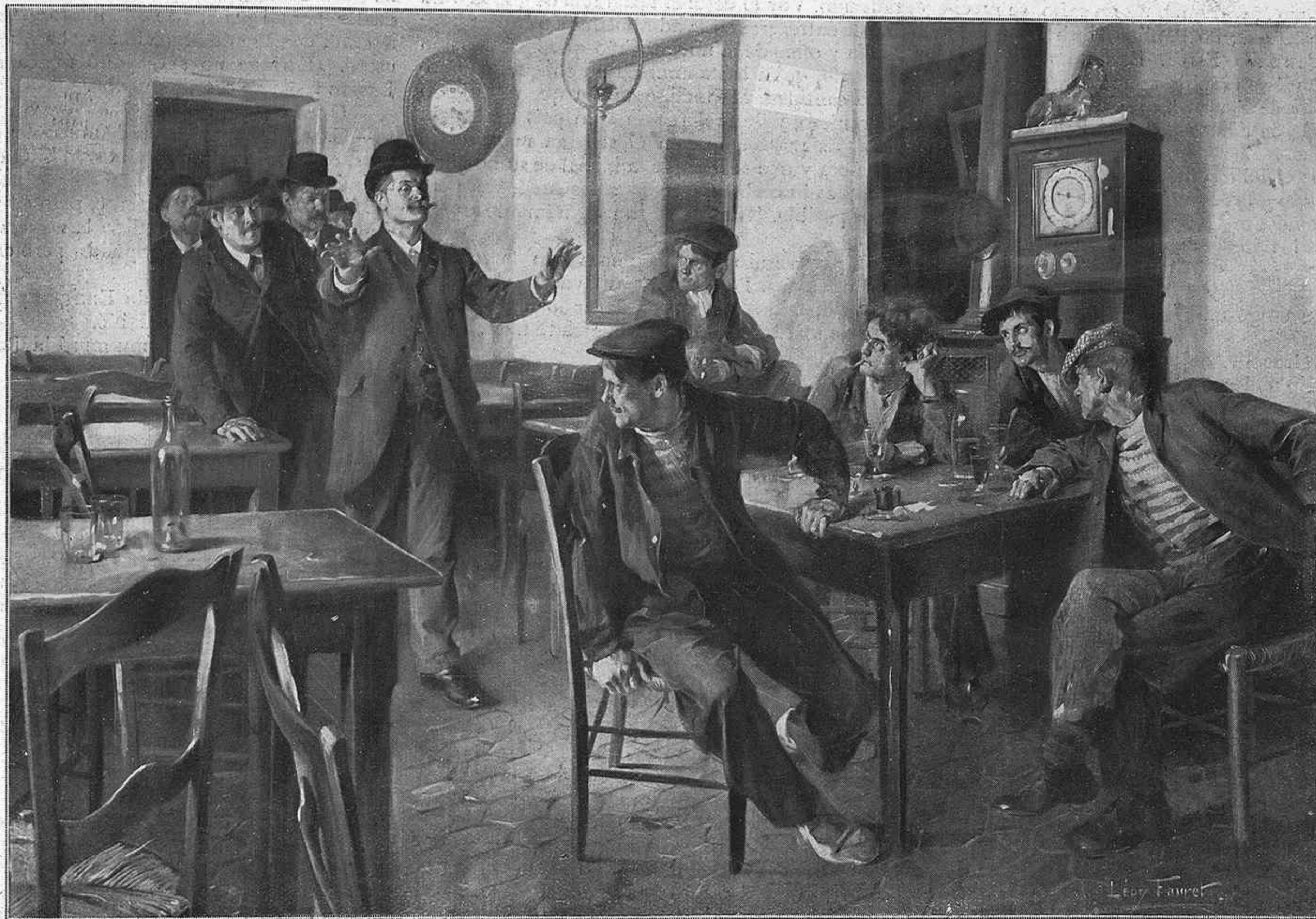
EL ENIGMA DE LA CALLE DE CASSINI

NOVELA ORIGINAL DE GEORGES DOMBRE. — ILUSTRACIONES DE LEÓN FAURET. (CONTINUACIÓN)

—¡Ay sí, mi pobre Luciana, no es un sueño! El pobre muchacho está preso..., preso por el crimen mismo que se cometió allí. ¿Por qué fantástico con-

—Mariquita ¿se puede contar contigo? Ella levantó los párpados, sorprendida, pero declaró:

—¡La señora no lo sabrá por mí!, contestó con su terca dulzura. Aunque naturalmente inclinada á admitir la infa-



—¡No se incomoden!, dijo Gourdon con amenidad

curso de circunstancias? No acierto á adivinarlo claramente. Te lo hubiera ocultado todo como á tu pobre madre. Pero lo hubieras sabido infaliblemente, y puedes soportar, mejor que ella, una grande emoción: combinando nuestros esfuerzos, podremos ocultarle la verdad durante un día ó dos, y ganar dos días, es quizá ganarlo todo. Apenas lee los periódicos, apenas sale. Es preciso que ningún periódico entre hoy en casa; es preciso que ella no salga sino á una hora elegida por nosotros y acompañada. Es difícil, pero no imposible con una reclusa como ella, que cede fácilmente á las sugerencias. Ante todo, la complicidad de la criada nos es necesaria...

Luciana escuchaba, aterrada. Se le saltaron las lágrimas, y, bajando la cabeza, empezó á sollozar. Ya no comprendía lo que pasaba. Una desconfianza espantosa invadía su ser. La vida tomaba una significación absurda, desordenada, abominable.

—¡No es nada, Lucianita!, murmuraba él; todo acabará bien, no puede acabar mal. Hay que tener confianza. Es la primera de las fuerzas, la reina de las energías.

Poco á poco, se dominaba. Había en ella algo del carácter de Miguel. La urgencia de la acción la reanimó. Apoyada en el brazo de su tío, todavía bañada en lágrimas, pero resuelta, dijo:

—¡Tienes razón, tío Miguel!

Sus ojos brillaban como resplandores bajo las ondas.

—Sé que no hay tiempo que perder, añadió.

Miguel llamó á la criada, que mostró su cabeza gris y su estatura baja. Era una vascongada, de ojos negros, boca grande y labios rojos. Chupada de mejillas, tenía los pómulos salientes y la frente oblicua. Había podido ser atrayente; pero aunque sólo tenía treinta y cinco años, la edad le quitaba toda gracia. Servía á Miguel desde hacía doce años, con una abnegación taciturna, algo salvaje y muy segura.

Él le dijo *ex abrupto*:

—El señorito puede tener confianza en mí. La profunda mirada del físico la envolvió, y ella soportó la mirada con calma y paciencia.

—Mariquita, repuso él con fuerza, se trata de hacer una buena acción y de hacerla completamente. ¿Sabe usted que han asesinado á nuestra vecina?

—Lo sé, sí, señor.

—Pues bien, es preciso que la señora Delorme no se entere de nada de fuera de casa, á excepción de lo que le diga yo ó le diga la señorita Luciana. Pero nada ¿entiende usted? No debe llegar á sus manos ningún periódico. ¿Puede usted prometérmelo?

La estupefacción de la vasca aumentaba á cada palabra. Sin embargo, su tono conservó la misma firmeza:

—Puedo prometer al señorito todo lo que quiera y el señorito puede estar seguro de que cumpliré honradamente mi palabra.

Miguel se mordió el labio, conmovido por aquella abnegación, presentida desde hacía años, pero que no había tratado nunca de poner á prueba.

—Es usted una excelente persona, articuló. ¡Y no lo olvidaré!

Faltaba decir lo más duro. Durante algunos minutos Prouvaire no pudo resolverse á ello. Era terriblemente humillante el confesar á una criada la detención de Enrique Delorme. Pero pareciéndole que su tergiversación era cobarde, Miguel habló brusca-

mente: —Mi sobrino está preso; esto es lo que hay que ocultar sobre todo á su madre. Si no cree usted poderlo hacer, Mariquita, dígalo sin temor; todo se reducirá entonces á que se tome usted un par de días de licencia.

La criada se había sobresaltado. En su imaginación rudimentaria, aquello era un cataclismo como los cataclismos de la naturaleza; hubiera comprendido mejor la guerra, el cólera ó el hambre que la detención de su joven amo. Sin embargo, no pestañeó.

libilidad de la justicia, dudaba que Enrique fuese culpable; pero aunque hubiese estado persuadida de ello, su fidelidad y apego á su amo no hubiese flaqueado; palpitaba en ella un alma semi-primitiva, en que no se borraban los sentimientos lentamente formados. Prouvaire, que lo comprendía se apresuró á tranquilizarla:

—¡No tema usted nada, mi sobrino no ha hecho ningún mal!

Ella le miró con sus grandes ojos negros llenos de fe; aceptó su afirmación con tal seguridad que ni la condenación del joven le hubiera hecho creer en su culpabilidad.

—¡Es un carácter!, dijo Prouvaire cuando la muchacha hubo salido. Yo no había hecho más que adivinarla, ahora la conozco. No nos hará traición. Y ahora, hija mía, voy á salir, arrastrando en pos de mí á los sabuesos de la Seguridad. Tú saldrás unos diez minutos después que yo, y te harás conducir en fiacre á casa de tu amiga; ¡no te retrases, porque entonces todo se echaría á perder!

—¡Nada temas, tío! Paulina no sale antes de las nueve; se halla mal dispuesta cuando se levanta demasiado temprano.

—Entonces todo va bien. Pongamos nuestros relojes á la hora, y que Paulina, á su vez, ponga el suyo exactamente á la misma que el tuyo... ¡Y ten confianza!

Minutos después, Miguel bajaba por la calle de Denfert-Rochereau, á cuyo extremo tomó el bulevar de San Miguel. Dos hombres le seguían de lejos, el uno por la acera de la derecha y el otro por la de la izquierda. Lo hacían con habilidad, pero el físico conocía su presencia:

—Sr. Gourdon, murmuró, va usted á ponerse al corriente de todos mis pasos.

Entró en la Sorbona, salió de ella media hora después, y tuvo el gusto de ver maniobrar á los dos

hombres con aires de candor y de indolencia. Los condujo a casa de Schleicher, donde hizo la adquisición de un libro sobre los Aceros niquelados; subió por la calle de Bonaparte, fué al Luxemburgo, por cuyos jardines se paseó recorriendo su libro, miró la hora en su reloj y se dirigió hacia la calle Vavin, de donde torció por la calle de Nuestra Señora de los Campos.

Al pasar de una acera á otra, vió á los seguidores, á distancias desiguales. Al sacar de nuevo el reloj, se hallaba muy cerca de la calle del Monte Parnaso, y las agujas marcaban las diez y cuatro minutos. En aquel momento, llegó un automóvil á gran velocidad por la parte del bulevar Montparnasse. Aminoró su marcha, se detuvo... y Miguel, de un salto, se precipitó al lado de la señorita Paulina Herbeleuse y de la solterona Petronila Farre. El automóvil había vuelto á emprender su rápida marcha.

—¡Por la calle de Fleurus!, dijo Miguel.

—¡Por la calle de Fleurus!, repitió Paulina que se refa á carcajadas.

Antes de que el bólido hubiese doblado la esquina, Miguel saludó á los dos polizontes pasmados.

—¡Gracias, amiga mía!, dijo Prouvaire mientras la máquina bebía los vientos. Me ha hecho usted un gran favor.

—¡Pero si esto me divierte!, exclamó Paulina. ¿No sabe usted que tengo un alma de contrabandista? ¿Adónde vamos?

—Calle de Grenelle, 99, pero no directamente. Dejo el itinerario á elección de usted.

El auto dió la vuelta por las calles de Assas, Vangirard, Tournón, Sena, Echandé, San Germán de los Prados, y entró en la de Grenelle por la del Dragón. Miguel inspeccionaba de vez en cuando las aceras y el arroyo, pues si estaba seguro de haber dejado plantados á los hombres de Gourdon, no se fiaba de la Casualidad, gran dueña de los destinos.

Apeóse delante de la subsecretaría de Comunicaciones.

—¿Hay que esperar, ó volver por usted?, preguntó la joven.

—Ni lo uno ni lo otro, mi simpática amazona. Pero si vuelvo á necesitar de usted, no vacilaré en comunicárselo.

—¿Verdad? Y procure usted que sea algo peligroso.

Prouvaire hizo pasar su tarjeta al subsecretario Varaignes; el ujier, que le había acogido con el mal humor profesional, volvió casi deferente:

—El señor subsecretario de Estado recibirá á usted dentro de un instante.

Los instantes ministeriales, como los segundos de los directores de periódico, no dejan de tener á veces sesenta minutos. Aquel fué breve. Miguel se encontró en presencia de un hombre de su edad, de cabeza redonda, de mirada benévola y burlona á la vez. El hombre salió al encuentro del físico y le estrechó ambas manos.

—¡Ah, por fin consientes en pedirme algo!

Un sentimiento de ternura arrugaba la faz nerviosa del subsecretario; emocionantes recuerdos se alzaban entre los dos hombres; recuerdos de allá, de aquel país prodigioso de la juventud, de la quimera y de la fe, tan remotos y tan próximos. Entonces, Carlos Varaignes y Miguel Prouvaire se veían en las veladas tibias ó glaciales, y vivían una realidad perfumada de ensueños, encantada de esperanzas. Tenían cariño á las viejas calles, al río, á las torres grises, á las bandadas de cornejas, al sol, al viento y á la lluvia; algo de los principios del mundo palpaba en sus pechos; la duración parecía infinita, la vejez perdida en el fondo de la eternidad. Cuando dos personas han vivido juntos esas alegrías, y ninguna rivalidad, ninguna querrela ha roto su encanto, la huella es imperecedera. Los dos amigos se habían visto de tarde en tarde, y siempre con igual placer. Miguel guardaba á Varaignes una ternura indulgente: no podía disimularse que aquel conductor de hombres era algo inconsistente; Varaignes profesaba á Miguel una ferviente amistad, con mezcla de deferencia. Caprichoso con los otros, de humor fugaz, estaba dispuesto á todas las abnegaciones y casi al sacrificio desde el momento que se trataba de Prouvaire.

—No me des una decepción, insistió. ¿Tú vienes á pedir algo?

—Vengo á solicitar algo, y algo muy serio.

El subsecretario dejó asomar á sus labios una sonrisa llena de juventud.

—¡Qué suertel!

—Veremos.

La fisonomía del físico se entristeció. Desdeñando más largos preliminares, dijo:

—Necesito saber el texto de un telegrama expedido ayer por la oficina de la calle de Grenelle, y la dirección del destinatario.

Una ligera bruma cubrió las pupilas de Varaignes. Sin embargo, no vaciló.

—Miguel, dijo, eres el único hombre del mundo que podía pedirme semejante cosa. No te interrogaré siquiera. Fío más en tu conciencia que en la mía, seguro de que el secreto no será divulgado y de que no perjudicará á nadie.

—El secreto no será revelado, afirmó claramente el físico, y no se hará de él ningún uso que pueda causar perjuicio á nadie.

—Lo sabía. Escucho, mi querido Miguel, y... obedezco.

Prouvaire murmuró:

—Ni que me salvaras la vida, te quedaría más agradecido. Voy al caso: el telegrama de que se trata debió de entregarse en la administración entre nueve y media y once de la noche. Creo que hace alusión á un envío, quizá hasta anuncia un cheque, ó enuncia una cantidad. Me inclino á creer que va dirigido al extranjero, y de preferencia á un país de lengua inglesa. Es posible que en él se haga mención de una señora y que se indique la inicial de su nombre. Dudo que el nombre figure en todas sus letras, pero todo es posible. Estos datos son seguramente imprecisos...

—Sí, por cuanto los telegramas con frecuencia anuncian envíos. Pero la hora es favorable: las expediciones disminuyen... Voy á hacer lo imposible, y dentro de una hora, espero comunicarte una contestación.

—¡Dentro de una hora! Bien. Me das, mi querido Varaignes, una prueba de amistad inolvidable.

Al salir de la subsecretaría, Miguel tomó un automóvil de punto,

—Calle de Tournón, 88.

El vehículo echó á andar rápidamente y, minutos después, el físico hacía pasar su tarjeta á madama Rocher. En seguida fué introducido cerca de una señora metida en carnes, joven todavía, no muy guapa, pero apetitosa. Abría unos ojos grises vivarachos entre párpados frescos guarnecidos de pestañas curvas.

Miguel le dirigió una mirada de analista y la encontró simpática.

—Señora, dijo, el asunto que aquí me trae es doloroso, hasta trágico. La señora Lussac...

Hizo una pausa. El rostro de madama Rocher marcó una curiosidad llena de emoción. Miguel se sintió perplejo; ignoraba el grado de intimidad que había existido entre las dos mujeres.

—Usted perdona, dijo; la noticia que tengo que comunicarle es verdaderamente espantosa, sobre todo si tiene usted cariño á la señora Lussac.

—¡Es mi mejor amiga!

Esto fué dicho en un tono vehemente y sincero. Prouvaire prosiguió en voz baja:

—¡Ay, señora, mi misión es, pues, más penosa... La desgracia que las circunstancias me obligan á anunciar á usted es irreparable.

—No hay más que una desgracia irreparable.

—Esa es, señora...

Y después de una pausa:

—Su amiga ha encontrado una muerte horrible... la han asesinado.

Un temblor agitó los labios y las manos de la joven señora. No tuvo ninguna duda. La palabra de Miguel había penetrado en su corazón como una puñalada. Sacudida por un largo estremecimiento, sus ojos se bañaron en lágrimas y balbució:

—¡Pobre mujer, no habrá conocido la felicidad en este mundo!

No se le ocurría preguntar á qué título le anunciaba Miguel aquella noticia: en el estupor del momento, las circunstancias secundarias eran como abolidas. Pero Miguel creyó necesario decirle:

—¿Sin duda ignora usted mi nombre?

—No señor, contestó ella con voz entrecortada; sé que es usted el tío de Enrique Delorme.

—En efecto. El objeto de mi visita es obtener á la vez datos sobre la señora Lussac y sobre sus relaciones entre ella y mi sobrino. Una extraña casualidad ha hecho que yo me enterase mucho antes que la justicia, de la muerte de la amiga de usted y que mi sobrino se halle mezclado indirectamente en este siniestro suceso. Deseo apasionadamente cooperar, si es posible, á la captura del asesino, ó de los asesinos... Y deseo también librar, lo más pronto posible, á mi sobrino de manos de la justicia.

La señora Rocher se había erguido en una estupefacción indecible:

—¿De manos de la justicia?, balbuceó.

—Sí, señora. Sospechan formalmente de mi sobrino que ha tomado parte en el crimen.

—¡Cómo!.. ¡Es una locura!

—Es una locura, lo reconozco, pero así pasa. Antes de referirle los acontecimientos, ¿me permite us-

ted que le haga dos ó tres preguntas?

—¡Ciertamente!

—¿Sabe usted cómo la señora Lussac y mi sobrino se habían conocido?

—Aquí mismo. Su sobrino de usted es amigo íntimo de mi hermano.

—¿Marcelo Marchais?

—Marcelo Marchais, sí, por él hemos conocido á Enrique Delorme. Conoció aquí á la señora Lussac, que parecía admirar mucho y á quien inspiraba una verdadera simpatía. Por junto se habrán encontrado media docena de veces.

—Lo hemos ignorado, y no me sorprende; Enrique, como la mayor parte de los jóvenes, nos hablaba poco de los acontecimientos de su vida, sobre los cuales, por mi parte, yo no le interrogaba jamás. Conocía el nombre de Marcelo Marchais, pero no el de usted. ¿Enrique no acompañó nunca á la señora Lussac hasta su casa, de noche?

—Que yo sepa, no.

—Gracias, señora. Antes de preguntar á usted otra cosa, es justo que la ponga al corriente de los acontecimientos.

Miguel refirió, concisamente, pero sin omitir nada de útil, lo que había sucedido la víspera. La señora Rocher le escuchaba, muy pálida, pero cada vez más dueña de sí misma.

Al llegar á la entrada de Enrique y á su extraña confesión, su atención redobló.

—¡Es extraordinario!, murmuró la Rocher, y sin embargo...

Miguel fijó en ella una mirada ansiosa.

—Y sin embargo, repuso ella, la aventura no me sorprende tanto como si se tratase de algún otro de mis amigos. Había seguramente un enigma en la vida de Ivona.

—¡Ah, ya estaba yo seguro de ello!

Madama Rocher examinó á Miguel Prouvaire como si aun no le hubiese visto bien; este examen pareció hacerle una impresión definitiva.

—Conoció á Ivona en el colegio, dijo ella, y hemos tenido, la una para la otra, una amistad sincera y constante. Era una encantadora criatura, amable, generosa, del todo segura. Me atrevería á jurar que nunca hizo daño á alma viviente ni cometió ninguna mala acción. Su vida con el Sr. Lussac, que tenía veinte años más que ella, fué normal, tranquila, feliz. Amaba tierna, si no apasionadamente, á su marido. Su unión fué corta..., no duró más que cuatro años. El Sr. Lussac murió de una angina de pecho. Hasta entonces, yo había podido seguir de cerca su existencia, pues nuestro afecto no había disminuído nunca. Pero, seis meses después de la muerte de su marido, viajó; no volví á verla hasta tres años más tarde. Esos tres años son los misteriosos. Ivona no me ocultaba absolutamente que tenía una gran pena, pero aplazaba las confidencias. No soy curiosa por naturaleza, y esperé.

La señora Rocher se detuvo, pensativa. Sus bellos ojos grises se fijaban ante ella, en un ensueño melancólico. Miguel respetó desde luego su silencio, mas dijo al cabo de un rato:

—La señora Lussac ¿no estuvo en América?

—Más de un año, según creo. No recibí de ella más que dos cartas, una de California, y otra de Nueva Orleans.

—¡Ah!, ¿de Nueva Orleans?

—Sí, cartas afectuosas, pero no muy explícitas.

—¿No las conserva usted?

—No. No acostumbro conservar las cartas.

—¿Cuándo regresó de viaje?

—Hace unos dos años.

—Su apellido propio era Duquesne, ¿verdad?

—Sí. Era hija de Francisco Duquesne, hombre de negocios, que siempre conocí viudo y que murió en Burdeos, hace apenas seis meses.

—¡Seis meses!, ¿está usted segura?, exclamó el físico con agitación.

—¡Absolutamente segura!

Ambos se quedaron pensativos. Después de la pausa, Miguel continuó:

—Nos encontramos en presencia de una aventura muy enigmática. Entreveo por todas partes la trabazón de los hechos, pero en lo vago. Es una especie de esquema que podría relacionarse con fenómenos diferentes. Haré los mayores esfuerzos para librar á mi sobrino y vengar á la amiga de usted. Otra pregunta, la última: ¿la señora Lussac tenía familia?

—No. Fuera de su padre, no tenía, que ella supiera, ningún pariente, ni próximo ni lejano.

Miguel se había levantado; en su rostro se pintaban la energía, la inteligencia y la sagacidad propias de los conocedores de «hombres.»

—Una mujer es una auxiliar muy débil, murmuró la señora Rocher; pero si puedo serle á usted útil, no perdonaré medio.

—¡Gracias!, dijo él gravemente, estrechando la mano pequeña y nerviosa de la dama.

Cuando Miguel volvió á presentarse en la subsecretaría de Estado, fué introducido sin demora alguna cerca de su antiguo condiscípulo.

Varaignes le dijo:

—Hay tres telegramas anunciando un envío. El primero se refiere á una suma de ochocientos francos.

—No es ése.

—El segundo dice simplemente: «Cheque partirá mañana por la mañana.» La firma «Pablo.» En fin, el tercero dice: «Envío llegará el miércoles.» Firma: «Irene.»

—Irene..., pero..., sí, es probable. ¿Y la dirección del destinatario?

—«*Mistress Alexandra Lane, Sandgate.*» Sandgate es un pueblo situado cerca de Folkestone.

—A todo evento, dame también la dirección del segundo telegrama.

—«*Velpeau, Perrache, 20 bis, Lyon.*»

Miguel inscribió una línea en su carnet:

—Esto es jeroglífico, dijo. Yo soy el único que puede descifrar esta nota.

Y añadió exhalando un ligero suspiro:

—¿Supongo que es imposible ver los originales?

—¡Aquí están!

Prouvaire echó una mirada llena de avidez en los telegramas que le presentaba su amigo. El de Velpeau no presentaba ninguna particularidad. Escrito con una letra bastante menuda indecisa, llevaba como nombre y señas del remitente: «A. P. Magne. Mantes»

El otro tenía la cruz de un doble pliegue. El texto era de un carácter de letra inclinada, en que el sabio no pudo descubrir ni la de madama Lussac, que había visto apenas, ni la de Enrique. El nombre del remitente era Rouviere, calle de Bonaparte, 87, bis.

—Este telegrama estaba doblado en cuatro pliegues, pensó. Supongo que debió de ser redactado fuera de la oficina telegráfica...

Estrechó vigorosamente la mano á Varaignes y le dijo:

—¡Por fin, amigo mío, me has hecho ese favor que tanto empeño tenías en prestarme, y me lo has hecho bien generosamente!

Una vez fuera de la subsecretaría, el físico dijo para sí:

—¿Velpeau?... ¡No! La pista que hay que seguir es la de mistress Lane.

Entró en un café en que había visto un Bottin y consultó el obeso anuario. No encontró el nombre de Velpeau en la dirección indicada.

—¡Bah!, murmuró con un gesto resuelto. Habrá que enredar á Velpeau.

Sacó una cartera de un bolsillo interior, echó una mirada á varias tarjetas de visita que llevaba y, marchando al telégrafo, envió el parte siguiente con la contestación pagada:

«*Velpeau, Perrache, 20, bis, Lyon.*»

»Madama Lussac muerta. ¿Qué hacer? Contestación urgentísima.

»Pedro Brunot, en lista central.»

Entregado el telegrama, Miguel se hizo conducir á la calle de Bonaparte, 87, bis. El 87 bis no existía: era natural. Dirigióse luego á la Prefectura de policía, donde hizo pasar su tarjeta á Jaime Gourdon. La espera no fué larga. Lo introdujeron en una pieza donde se hallaba el detective, que le recibió con la más deferente cortesía.

—Caballero, permítame usted que le felicite, por su maravillosa manera de escapar á la honrada vigilancia que, en justicia, creí deber ejercer en torno de usted, y por la cual le presento humildemente mis excusas... ¡Pero las necesidades de la profesión!

—¡Soy yo el que debe excusarse!, contestó seriamente Prouvaire. Sé que mi persona debe ser vigilada. Las reglas son las reglas, y por inútiles, casi diría por perjudiciales que puedan ser en cuanto me conciernen, comprendo perfectamente que tenga usted empeño en que sean observadas. He obtenido el informe que deseaba obtener. Antes de comunicárselo á usted, me falta una diligencia que practicar. Pero ante todo quisiera saber si la instrucción ha descubierto algo que pruebe la inocencia de mi sobrino.

—Nada; el misterio sigue siendo completo.

—¿Anda usted naturalmente en busca de Geo du Parno?

—¡Ah!, dijo Gourdon, con una maliciosa sonrisa, decididamente se le podría á usted decir: *dignus est mirare*. Sí, señor; andamos buscando á Geo du Parno, y esperamos echarle mano antes de que anochezca. ¡Su captura hará dar un paso serio á la instrucción!

—¿Lo cree usted, de veras?

—¿Por qué no? Parece indudable que Geo du

Parno intervino en el crimen, como comparsa ó como cómplice.

—Es posible, sin embargo dudo que Geo haga adelantar mucho la instrucción.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque no es seguro que deje él mismo la pipa. En este caso, Parno no sería más que un indicio. En segundo lugar, porque puede haber actualmente solución de continuidad entre el hombre del arca y Geo ó los amigos de Geo.

—¿Solución de continuidad?, exclamó Gourdon, vivamente interesado. ¿Cómo?

—En el sentido de que el puente levadizo que los unía ha debido de ser levantado.

El agente de la seguridad hizo el ligero frotamiento de manos que le era familiar. Luego miró largamente á Miguel en los ojos. El físico se prestó voluntarioso á este examen, y dijo con una sonrisa:

—No, señor. ¡La duda que le cruzó por la mente es indigna de usted! Su experiencia, como su penetración, debieran convencerle de que ignoro todo el fondo de este asunto..., todo lo que no resulta de mi investigación y de mis deducciones.

—¿Tiene usted razón!, dijo el agente con cierto embarazo. Pero en fin, mi profesión exige hasta el exceso de las sospechas. Es que usted me sorprende, y, lo que es más grave, precisa cosas que flotaban, todavía obscuras, en mi espíritu. Sin embargo, si capturasen al hombre de la pipa, me parece que se aclararía un hecho, que es el que más le toca á usted de cerca.

—¿Es probable..., pero no es seguro!

Una pausa. Gourdon escribió rápidamente dos líneas en una hoja de papel.

Prouvaire repuso:

—Necesitaría ver al juez de instrucción esta mañana misma.

—No es nada imposible.

—Quizá pueda usted ayudarme á obtener un favor que, en el caso presente, me parece una especie de derecho. La madre del acusado soportaría difícilmente la verdad; si á mi sobrino le permitieran escribirle un vago billete para tranquilizarla, nos arreglaríamos para mantenerla en la ignorancia.

—¿Y los periódicos?

—Apenas los lee.

—Nada impide conceder á usted ese favor, dijo Gourdon. Voy á procurar que usted vea al juez.

En el Palacio de Justicia, el agente de la Seguridad logró introducir rápidamente al físico cerca del Sr. Louvart, el juez de instrucción encargado de la causa.

El juez acababa de proceder á un interrogatorio. Volvió hacia Miguel un rostro gris y melancólico, en que dos ojos plomizos ponían alguna luz, y designó una silla. El físico expresó su petición que el otro escuchó con aire meditabundo.

—En principio, contestó, no tengo inconveniente. Pero mi deber está en prever hasta lo imposible. Si la redacción del billete no me satisface, la haré modificar.

—La redacción es indiferente, señor juez.

—Veremos. Si importa, mi escribano hará el borrador, que el acusado no hará más que copiar.

—Me hará usted un favor inestimable.

—¡No deseamos más que ser humanos!, dijo el juez con indulgencia. Puede usted creerlo, caballero; deseo vivamente que este asunto tome un giro favorable á la familia de usted, pero...

No terminó la frase; su fisonomía expresaba claramente su duda. Luego repuso:

—Si, como al menos es lícito esperar, ese joven no es culpable, su silencio es un deplorable sistema. Entorpece singularmente la instrucción. Se lo he repetido.

—¿Quiere usted que yo trate de convencerle?

—Lo deseo. Hasta iba á proponérselo á usted. En el estado de abatimiento en que se encuentra, la palabra de un hombre á quien debe tener cariño y respeto tendrá más influencia que la mía. Voy á hacerle venir. Pero, antes, deseo recibir declaración de usted.

Miguel repitió lo que había dicho la víspera al comisario y al Sr. Gourdon. El magistrado, puesto al corriente por el agente de la Seguridad, se limitó á hacer algunas preguntas sin importancia, después de lo cual dió orden de introducir al acusado. Transcurrieron algunos minutos durante los cuales el corazón de Miguel palpitaba con violencia. Conduido por un guardia municipal y acompañado de un abogado defensor nombrado de oficio, Enrique se presentó.

Tenía el rostro lívido de insomnio y de aflicción; la fiebre consumía sus pupilas; su boca marcaba una profunda amargura. A la vista de Miguel, tuvo un largo estremecimiento, y, adelantándose con impe-

tuosidad, exclamó con voz tierna y vehemente:

—¡Tío, mi querido tío!

Dos lágrimas asomaron á los párpados del físico.

—¡Mi pobre muchacho!

Sus ojos lúcidos escudriñaron los del joven, y añadió con autoridad:

—¿Por qué no decirlo todo? Tú sufres y nos haces sufrir..., ¡y sobre todo expones tu pobre madre á un golpe terrible!

—¿Ignora todavía?..

—¡Sí, lo ignora! Pero piensa cuán difícil será prolongar esta situación; una sola palabra puede descubrirlo todo. ¡Habla, muchacho!

Enrique dejó caer la cabeza sobre el pecho:

—¡No puedo!

—¿Por qué? ¿Para cumplir alguna promesa? Pero por desgracia no puedes perjudicar á nadie y puedes en cambio ayudar á descubrir á los culpables.

—¡No puedo!, repitió el joven, me es imposible intentar ninguna justificación. Por mi honor, tío Miguel, es necesario que yo guarde silencio.

Miguel meneó la cabeza, lleno de tristeza:

—Seguramente, mi pobre muchacho, la sagrada causa de la justicia te desliga. A menos que el honor de esa desgraciada mujer...

—No se trata..., empezó Delorme, con voz impetuosa.

Se mordió el labio y calló. Prouvaire, con el rostro crispado, pareció hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo:

—*Alea jacta est!*, dijo á media voz.

Y prosiguió, dirigiéndose al juez:

—Caballero, es inútil prolongar esta penosa escena. Mi sobrino no confesará nada, al menos hoy, estoy absolutamente convencido de ello. Espero obtener más resultado dentro de algunos días. Ahora, permítame que le recuerde la promesa que ha tenido la bondad de hacerme.

—Es justo, dijo el magistrado que había seguido aquella escena con escrupulosa atención.

Observaba alternativamente á Delorme y á Prouvaire, al primero con una desconfianza creciente, y al segundo con una especie de piedad.

—¡Mal sistema!, ¡mal sistema!, murmuró, mientras hacía una seña á su escribano que sacó de una carpeta un pliego de papel y un sobre sin membrete administrativo. He prometido á D. Miguel Prouvaire, añadió volviéndose hacia Enrique, permitirle á usted escribir cuatro líneas á su madre. Deseo que se limite á términos de una extrema generalidad.

—¡Ah, mil gracias!, balbuceó el acusado.

Y escribió con mano temblorosa:

«*Mi querida madre: mi salud es buena y espero volver á veros pronto á los tres.*»

»Tiernamente

»*Enrique.*»

Sus ojos se le inundaron de lágrimas mientras metía este billete en el sobre y ponía la dirección.

—¡Mejor haría usted en confesar!, insistió el señor Louvart que entregó la carta á Prouvaire.

Al salir del despacho del juez, Miguel encontró de nuevo al hombre de la Seguridad que le preguntó:

—¿Obtuvo usted lo que deseaba?... ¿Y la confrontación?

—¡No podía dar ningún resultado!, replicó melancólicamente el físico.

—Me lo figuraba ¿Y qué va usted á hacer?

Una curiosidad acentuaba la cortesía de Gourdon. Como aun no tenía ninguna hipótesis definida, hubiera querido conocer el «sistema» de Prouvaire; no porque lo previera conforme á la realidad, sino porque debía de ser interesante.

—Voy á hacer como usted, contestó Miguel, voy á continuar mi investigación.

—¿Espera usted realmente conseguir su objeto obrando solo, sin agentes, sin datos, sin informes, sin experiencia previa?

—Espero al menos aclarar ciertos hechos.

—¿Con los elementos que yo poseo? ¿Qué pensaría usted de un físico aficionado que creyese poder llevar á buen término una experiencia emprendida por usted y en la cual no viese usted todavía más que obscuridad?

—Pensaría que, según toda probabilidad, el aficionado debía fracasar. Es lo que lógicamente debe usted suponer respecto á mí.

Esta contestación desconcertó al de policía:

—¿Eso no le desalienta?

—No, del mismo modo que mi opinión no desalentaría al aficionado. Porque una cosa es la probabilidad, y la excepción es otra cosa. El aficionado, caballero, fracasa casi siempre, pero logra á veces su objeto, y hasta de un modo brillante. La historia de la ciencia registra hermosísimos descubrimientos de

aficionados. Por otra parte, yo poseo elementos que usted no posee.

—Sin embargo, ¿no decía usted que sacaba como yo todos sus elementos de la investigación?

—Y lo repito, al menos en cuanto se refiere al crimen..., y á los motivos del crimen. Pero he podido añadir elementos nuevos, gracias á la interpretación de los otros: aquí es donde le tomo á usted una gran delantera, á menos de que usted oculte descubrimientos que yo ignoro.

—¿Cómo?, exclamó Gourdon. ¿Ha descubierto usted realmente algo nuevo?

—Sin duda.

—¿No se deja usted extraviar por su imaginación?

—En manera alguna; obro con tanta serenidad como si operase en mi laboratorio.

—Entonces, dijo el otro con un asomo de amargura, claro está que puede usted emprender la lucha.

—¿Qué dice usted, caballero? ¡La lucha! ¿Querrá usted decir la lucha por la verdad?

—No, replicó francamente el detective; quiero decir que espera usted dejarnos atrás.

—Lo espero, sobre un punto que concierne particularmente á mi sobrino, y porque importa á la causa misma que yo obre sin el concurso oficial. Por lo demás, repito que nadie celebrará más que yo acudir á sus luces y verle obtener una nueva victoria policíaca: es el interés de todo el mundo.

—¡A pesar de eso, confiese usted que el asunto le apasiona!

—Sí, mucho. Creo que se acerca el momento en que tendré en mis manos los hechos necesarios para una buena hipótesis. Esos hechos apenas dependen ya de las peripecias mismas del crimen. Y me bastaría, suponiendo que yo pusiese mi amor propio por cima del interés de todos (cosa que no hago) haber visto claro en la marcha que se debe seguir, puesto que ésta conduciría entonces, infaliblemente, á la verdad. Está usted seguro de que si no le descubro todavía mi juego, es porque ello podría perjudicar á alguien.

—¡Así y todo, sugirió el agente, no se fie usted de las novelas!

Miguel le tendió la mano:

—No me fie de ellas, Sr. Gourdon. ¡Y usted, si quiere que nuestros caminos se junten pronto, no se fie del espionaje! Vale más dejarme circular libremente...

Gourdon le miró de un modo singular.

Al regresar á su casa, Miguel encontró la calle de Cassini llena de curiosos.

Después de la visita del juzgado, á cosa de las nueve y media de la mañana, la noticia del crimen se había propalado á lo largo de los bulevares de San Miguel, Monte Parnaso, Port-Royal, Aragón, San Jaime y Raspail, por las calles de Denfert-Rochereau, Campaña Primera, Nuestra Señora de los Campos, y por las avenidas de Orleans y del Observatorio. Y la novela crecía, llena de horror épico y de anécdotas monstruosas. Agitábanse las comadres trágicas, creadoras de la leyenda de las calles y porterías. Seis municipales contenían constantemente á la muchedumbre, afanosa de invadir el terreno en que la muerte se había presentado bajo esa forma feroz que fascina la imaginación del pueblo. A la llegada del sabio, se produjo una ondulación de seres y un vasto graznido.

Ojos lucientes apuñalaban el preocupado rostro y la seca silueta de Miguel; oyóse una voz que murmuraba:

—Es el tío del asesino.

Entonces los clamores se hincharon, la vehemente curiosidad se agitó de cráneo en cráneo, para convertirse luego en una excitación mórbida. Una vieja ladró:

—Cómplice y compañía. ¡A matarlo!

Tales palabras tienen un destino seguro. Los pechos se hincharon; un deseo de homicidio subió de los corazones á los labios, y como un pintor de brocha gorda hubiese ahullado:

—¡Canalla!

Otros clamaron:

—¡A lincharlo!

Así se expresaba el alma equitativa de la muchedumbre. Pero como Miguel llevaba un recio bastón y los agentes de orden público mostraban una firme actitud, los deseos no pasaron de ser platónicos y se perdieron en vociferaciones.

—¡Asesino!.. ¡Apache!.. ¡Carne de guillotina!..

Miguel no se asombraba; conocía á las multitudes, por la historia y por haberlas frecuentado. Sabía que se hallan sometidas á leyes de hipnosis, y que los bajos instintos las dominan sobre todo: alegría vil de los carnavales, crueldad atávica que bulle de pronto, credulidad prodigiosa. Hasta sus entusiasmos, sus

minutos de grandeza son angustiosos por su sencillez pueril. No le asombraba aquel hostil clamoreo, pero inquieto por los suyos, y sobre todo por su hermana, se apresuró á entrar. Su desaparición produjo una calma momentánea.

En su casa encontró, además de su hermana y su sobrina, á Jorge Gauchery, que le esperaba. El diplomático le dió un apretón de mano febril: su rostro noble expresaba la simpatía más completa; en presencia de la desgracia de sus amigos, olvidaba el « conformismo » y no conocía más que la abnegación.

—¿Y bien?, preguntó ansiosamente la señora Delorme.

A su acento, Prouvaire comprendió que la pobre madre aun no sospechaba la verdad, y se apresuró á contestar:

—Nada que no sepamos ya.

—¿Y Enrique?

Miguel se sonrió con esfuerzo:

—Se me figura que por ese lado recibiremos alguna noticia.

El neumático (1), que él mismo había echado en un buzón de telégrafos, no podía tardar en llegar, y seguramente tranquilizaría á la madre.

Hubo un rato de silencio. Oíase fuera el vago rumor del gentío, que irritaba á Miguel y turbaba á las dos mujeres. Gauchery lo escuchaba furioso. Entablóse luego una conversación, constantemente interrumpida; la presencia de la señora Delorme la hacía vana y penosa. Bruscamente, los gritos crecieron; sonó un timbre y apareció un pequeño telegrafista.

—Madama Delorme.

La madre se había precipitado. Al ver letra de su hijo, dió un grito de alegría, alegría que aumentó al leer el texto:

«Mi querida madre, mi salud es buena y espero volver á veros pronto á los tres.

»Tiernamente

»Enrique.»

Nuestras emociones tienen el flujo y el reflujo de las fuerzas naturales. Después de la desconfianza y el temor, la señora Delorme estaba dispuesta á la credulidad. Aceptó aquellas breves palabras como una indecible evidencia, y una dulzura profunda invadió su rostro.

—¡Supongo que ya estás tranquila!, dijo con fingido tono de reproche el químico. Y ahora, sírvete considerarme como el jefe de la familia y obedecerme pasivamente: la noche pasada no has dormido..., ¡te ordeno el descanso!

Ella quiso resistir; él la cogió por un brazo, con afectada alegría, y la condujo hasta la puerta de su cuarto.

Al volver cerca de Luciana y de Jorge, la preocupación se pintaba en su fisonomía.

—Ese gentío me exaspera y me cansa, murmuró. Hizo crujir las articulaciones de sus manos juntas, lo cual era su señal de cólera, y continuó:

—No necesito preguntarte, Jorge, si estás al corriente de todo.

—¡Y yo no tengo necesidad de decir á usted, mi gran amigo, que sus tristezas son las mías!

—¡Sí, ya lo sé, eres hombre de corazón! ¡Se puede contar contigo..., y contigo cuento!

Miraba á Gauchery muy de frente, y se complacía en observar en aquel joven rostro, generalmente algo indeciso, la resolución y la generosidad.

—¡Sí, cuento contigo!, repitió. Y voy á ponerte á prueba en el acto. ¿Puedes obtener algunos días de licencia?

—Muy fácilmente.

—¿Y pronto?

—Creo que sí.

—En este caso, te embarcarás esta noche misma para Folkestone. Irás al pueblo de Sandgate, situado cerca de aquella ciudad. Allí descubrirás fácilmente el domicilio de Mistress Alejandra Lane.

Un vivo asombro elevó las cejas de Gauchery.

—¿Es persona á quien usted conoce?

—Es persona á quien nunca vi, y cuyo nombre yo ignoraba ayer... Pero Mistress Lane, espontáneamente, si nada recela, —hábilmente interrogada, si anda recelosa, —puede proporcionarnos un dato muy útil. Hubiera ido yo mismo á buscarla, pero, aparte de que hablo bastante mal el inglés, podría ser espiado, y Mistress Alejandra Lane sería descubierta. Tú me substituirás con tanto mayor ventaja cuanto que inspiras confianza y eres un hábil abogado cuando quieres.

Gauchery escuchaba con avidez, interesado por aquella misión imprevista.

(1) Se llaman vulgarmente así en París los pliegos transmitidos por tubo neumático.

—Enterarás, con alguna precaución, á mistress Lane del asesinato de nuestra pobre vecina.

—¡Ah! ¿Conocía á la señora Lussac?, dijo involuntariamente Jorge, que entreveía una ligera claridad.

—Sí. Y conoce también uno de los secretos de la señora Lussac, no sé cual; sé únicamente que ese secreto necesitaba envíos de fondos, lo cual deja suponer ó bien una exacción, en la cual no creo en manera alguna, ó bien los gastos de sostenimiento de una persona, ó alguna combinación financiera, cosa inverosímil, ó en fin algún pago, lo cual tampoco es probable. Te doy mi parecer, porque puede ayudarte en tu negociación: me inclino á creer que se trata de gastos de sostenimiento y de relaciones amistosas entre las dos mujeres. En rigor, podrías aventurar una alusión discreta al último envío, que no ha podido efectuarse á causa de la ruptura trágica de las comunicaciones. Pero has de procurar desde luego obtener confidencias haciendo valer el concurso que podrían aportar al descubrimiento del asesino ó de los asesinos.

—Si hago alusión al envío, mistress Lane me preguntará por dónde tengo conocimiento de él.

—Te preguntará en primer lugar cómo conoces su nombre y su dirección. Es la cuestión primordial. La señora Lussac no comunicó seguramente este nombre y esa dirección más que á una persona.

—¿A quién, pues?, exclamó Jorge en el colmo de la sorpresa.

—¡A mi sobrino!

—¿Lo ha confesado?

—No ha confesado nada.

—¿Entonces ha encontrado usted algún documento?

—No he encontrado ningún documento.

—¿Pues?

—Ha bastado proceder por inducción y por deducción. Desde luego me sorprendió que Enrique, después de una salida prolongada, volviese á traer el dinero que la señora Lussac le había entregado, porque ya puedes suponer que, para mí, no hay sobre este punto la menor duda!

—¡Ni para mí tampoco!, afirmó con fuerza Gauchery dirigiendo una mirada á Luciana.

—Es evidente que no había recibido el dinero sino para que lo entregase ó lo remitiese á alguien. No es posible imaginar otro motivo. Es del todo inverosímil que debiese entregarlo ó remitirlo á la hora tardía en que lo había recibido. Por consiguiente, no era necesario que saliese, sobre todo cuando se le esperaba en casa. Cuando salió, sin embargo, es que tenía otro motivo. He pasado revista á los diversos motivos plausibles, y no he encontrado más que dos que merezcan ser retenidos: en primer lugar, Enrique quería calmar una agitación que no quería mostrarnos, sobre todo á su madre; en segundo lugar, tenía que entregar un mensaje. Después de reflexionarlo bien, he pensado que esas cartas habían podido obrar simultáneamente. Cuando conocí el itinerario de Enrique, tuve al menos la seguridad de que la segunda hipótesis era exacta.

El interés de Gauchery y de Luciana aumentaban á cada palabra.

—¿Indicó exactamente ese itinerario?, exclamó la joven.

—No. En su turbación, estuvo á punto de hacerlo, pero se contuvo. Omitió el sitio capital. Para quien sospechaba que había llevado un telegrama, la solución de continuidad se colmaba por sí misma. En una palabra había pasado seguramente por la calle de Grenelle.

—¡Es maravilloso!, exclamó Jorge. Pero...

—Eso no daba la dirección del telegrama... Es éste un punto sobre el cual debo guardar silencio. Todo cuanto os puedo decir, es que efectivamente se expidió un parte telegráfico á mistress Lane, y que esta señora espera, á estas horas, una suma de diez mil francos, por una de las razones que acabo de indicar. Tú vas á procurar esclarecer este punto mientras yo voy á continuar mi trabajo.

Una pausa. Luciana y Gauchery observaban al físico con una curiosidad llena de admiración.

—Me parece, tío Miguel, dijo de pronto Luciana, que ya tienes la libertad de Enrique en tus manos.

—¡Ah!, ¿lo crees así?, dijo el sabio con una sonrisa mezclada de escepticismo y preocupación. ¡Es posible! En todo caso, desde luego la presencia y el testimonio de mistress Alejandra Lane nos son casi indispensables. El nombre no basta. Para el juez y para la Seguridad, ese nombre puede ocultar un cómplice. Por otra parte, sería preciso que Enrique confesase haber enviado el telegrama, y seguramente lo negaría. Por consiguiente, no hay nada que hacer mientras no tengamos la confesión y la presencia de la señora Lane.

(Se continuará.)

GERONA

LOS JUEGOS FLORALES

Brillantísima ha sido la fiesta de los Juegos Florales de Gerona correspondiente al presente año, que se celebró el día 1.º de este mes en el Teatro Principal de la inmortal ciudad.

Después que el Sr. Espona, presidente del Consistorio, hubo declarado abierto el acto, el presidente del Jurado, D. Eugenio d'Ors, leyó un hermoso discurso, soberbia página literaria que puede ofrecerse como modelo de oraciones de su clase, así por el bellísimo pensamiento que la informa, como por la galanura con que está escrita.

El secretario del Jurado, don Jaime Bosacoma, leyó á continuación la memoria de costumbre y terminada la lectura de ésta procedióse á la apertura del pliego que contenía el nombre del autor de la poesía *Egloga*, premiada con la Flor Natural, que resultó ser D. Carlos Riba Bracons. Éste eligió Reina de la Fiesta á la gentil señorita Mercedes Durán, la cual, acompañada de las no menos gentiles señoritas Angelita Fu-



Gerona.—Srta. Mercedes Durán, Reina de los Juegos florales celebrados recientemente, y su Corte de amor, Srtas. Angelita Furest, Pilar Matas, Manuela Marsá y Josefina Montsalvatje. (De fotografía de A. García.)

nas y cintas de los colores nacionales, y presidido por una cruz de término y un estandarte con la cruz de la orden de Santiago á la que el general Ordóñez pertenecía.

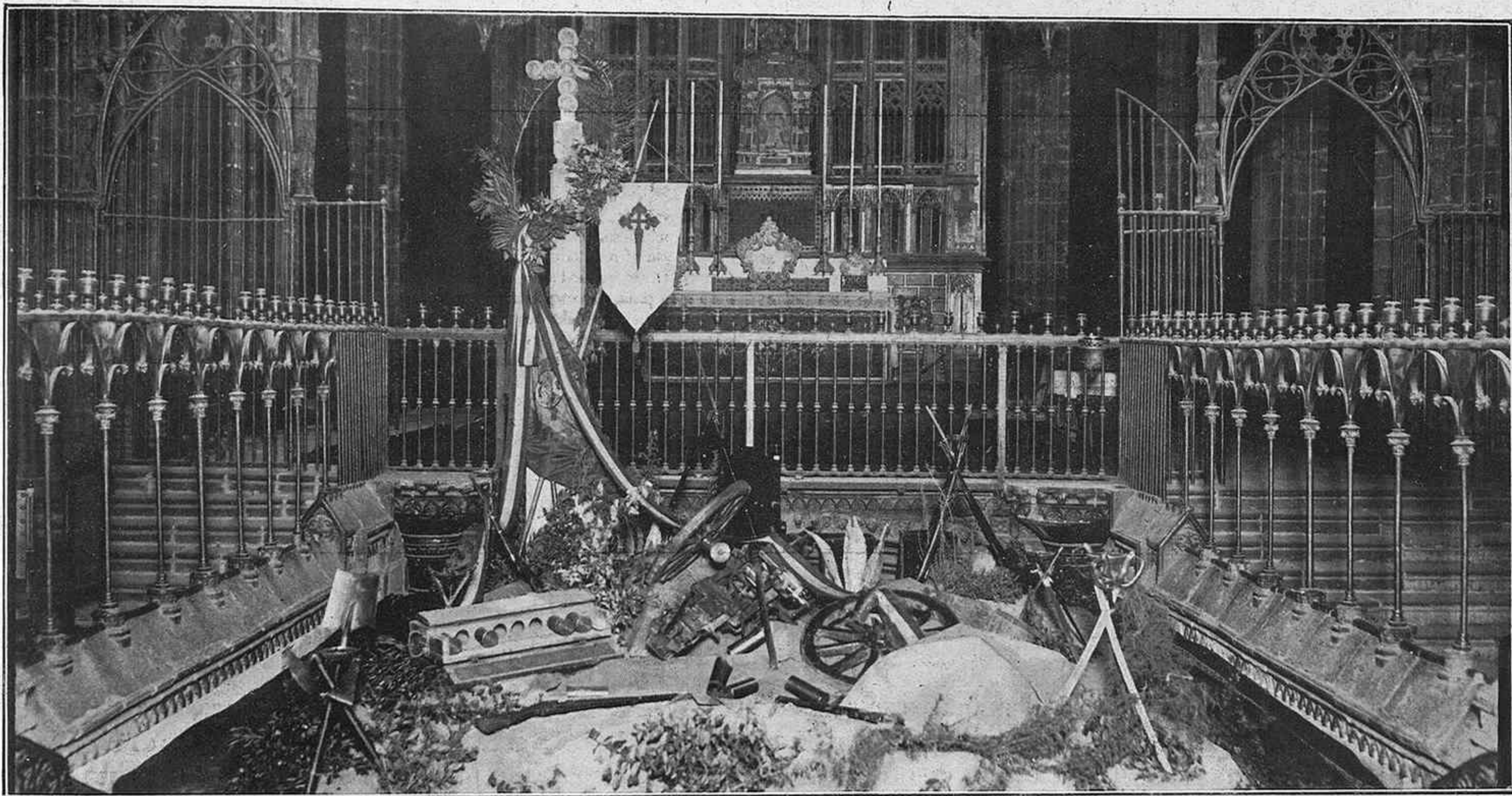
Presidieron el duelo el excelentísimo Sr. capitán general de la región, el comandante general de artillería general Bonet, el Sr. Cobián, próximo pariente del difunto, los coroneles de artillería Sres. Ramos y Esponera y el vicario general castrense Sr. Pecy. El señor obispo asistió en el presbiterio; también asistieron ocupando sitios de preferencia el alcalde Sr. marqués de Mariano y los concejales Sres. Pardo y Carreras.

Después de la misa, que dijo el canónigo Dr. Sánchez, el Dr. Laguarda, revestido de pontifical, entonó un responso por el alma del general Ordóñez.

BARCELONA

EXPOSICIÓN DE CRISANTEMOS

En el salón de conferencias del Fomento del Trabajo Nacional se ha efectuado recientemente una hermosa exposición



Barcelona.—Funerales celebrados en la Catedral por el alma del general Ordóñez, fallecido en Melilla. Vista del túmulo (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

rest, Pilar Matas, Manuela Marsá y Josefina Montsalvatje, que formaban su Corte de Amor, pasó á ocupar el trón.

Los demás premios fueron otorgados á D. José Carner, á D. Jaime Bofill y Matas, á don Lorenzo Ribé, á D. Rafael Masó, á D. Miguel Ferrá, á don José Masó y Ventós, á D. Miguel Fortesa, á D. V. Soler de Sojo, á D. Luis Valeri, á don Javier Carbó, á D. Miguel de Palol y á D. José M.ª Paradedá.

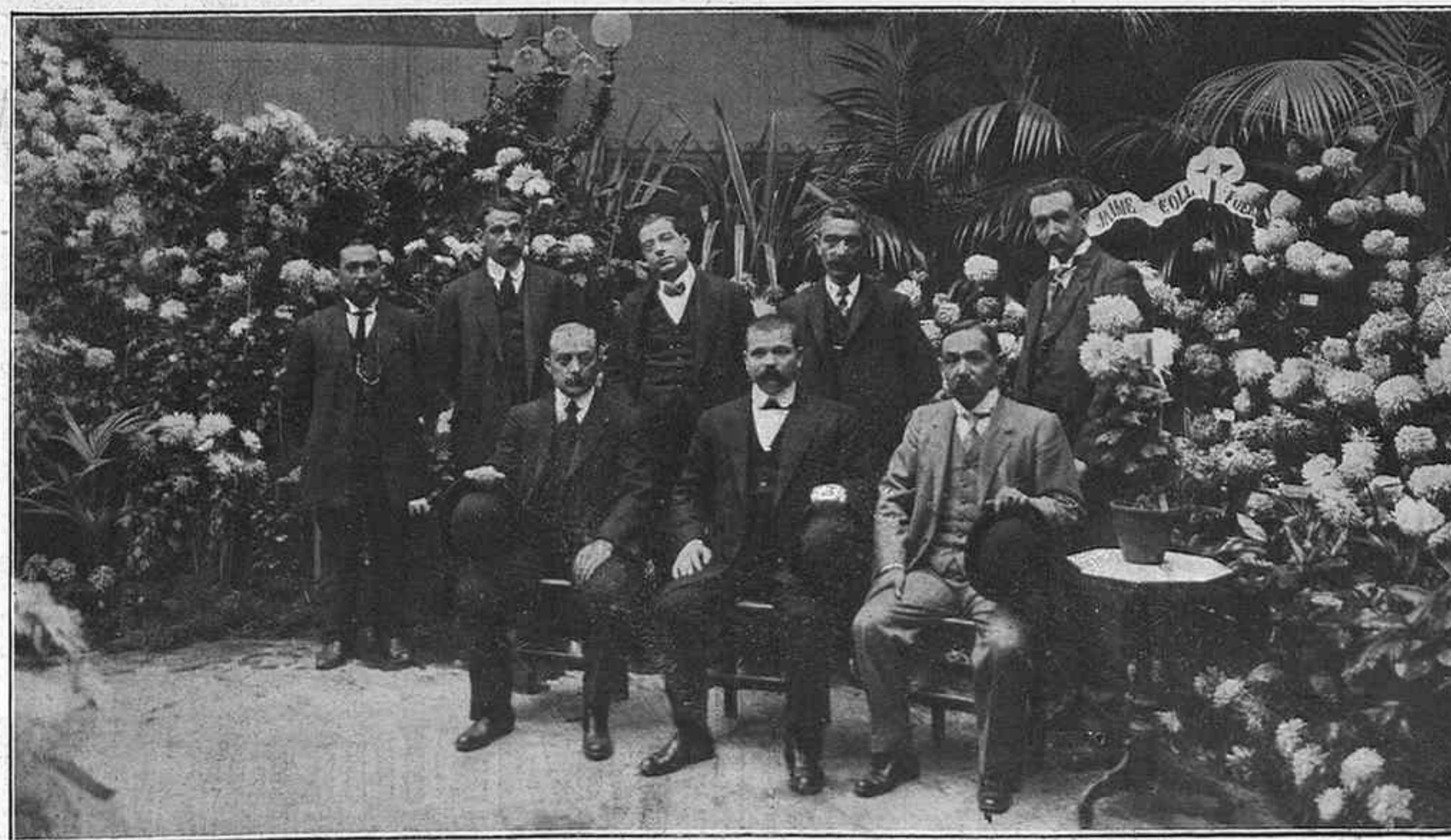
Un breve y sentido discurso de gracias de D. Joaquín de Espona, presidente del Cuerpo de Adjuntos, puso término á tan agradable fiesta.

BARCELONA

FUNERALES POR EL ALMA DEL GENERAL ORDÓÑEZ

En nuestra Santa Iglesia Catedral Basílica celebráronse el día 13 del actual solemnes funerales por el alma del general D. Salvador Díaz O dóñez, que murió gloriosamente en Melilla en 14 de octubre último.

El templo ofrecía imponente golpe de vista y en la cripta habíase levantado un monumento dedicado al difunto por el cuerpo de artillería, que representaba una parte del campo de bata-



Barcelona.—Exposición de crisantemos celebrada en el Fomento del Trabajo Nacional Los organizadores de la exposición. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

de crisantemos organizada por la Sociedad Hortícola de Barcelona. El local, soberbiamente decorado con plantas tropicales y flores, presentaba un aspecto magnífico; un parterre alrededor de las paredes y otro central ostentaban dos mil variedades de crisantemos muchas de ellas extraordinariamente notables.

Al acto inaugural de la exposición asistieron el capitán general, el gobernador civil, un concejal en representación del alcalde y comisiones del Fomento, del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro y de otras importantes entidades y un numeroso y distinguido público.

El Jurado, compuesto de los Sres. Calvet, Partagás, Zuluetta, Clarió y Conillas, acordó conceder á D. José Bisbal medalla de oro y diploma por su colección del cultivo en maceta y flor cortada; á D. José Prats medalla de plata y diploma por el cultivo en maceta y por la novedad de la flor «Prats Bonafont»; á D. Pedro Rifé, D. Pedro Reig y D. Jaime Soler medallas de plata y diploma por el cultivo variado en macetas y flor cortada, y diplomas de cooperación á los Sres. D. Jaime Coll y D. Ignacio Conillas, que expusieron fuera de concurso. — P.

BARCELONA.— CUENTO DE ABRIL, POEMA DE D. RAMÓN DEL VALLE INCLÁN ESTRENADO CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO ROMEA



Ultimo cuadro —El infante (Sr. Vaz), el trovador (Sr. Calvo), la princesa (Srta. Velázquez). (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

Unánime es la opinión de la crítica y del público acerca de esta nueva obra del eminente poeta Sr. Valle Inclán: *Cuento de abril* apenas tiene argumento y casi carece de toda condición teatral. Y sin embargo, público y crítica han acogido esta nueva producción del autor de *Voces de gesta* con el más caluroso aplauso y con los más entusiastas elogios.

Y es que el ropaje con que el poeta ha vestido la creación del dramaturgo es de una belleza, de una armonía, de una riqueza tales, que ante estas galas espléndidas olvidase la escasa consistencia de la acción y lo impecable de la forma suple con creces la poquedad del fondo.

Esto no obstante algo contiene la obra de substancioso, de hondo, de fundamental: el contraste que ofrecen la Castilla ruda, seca, áspera y la galana, dulce y poética Provenza, contraste que el autor de *Cuento de abril* ha encarnado admirablemente en las dos figuras del severo infante castellano y del gentil trovador provenzal.

El trovero Pedro de Vidal siente amores por la princesa de Imberal, quien, agradada de sus trovas, le mima y agasaja; y cayendo en el lazo que, inducidas por una gitana y de acuerdo

con su señora, le tienden cuatro lindas azafatas, estampa un beso en los labios de la noble doncella, en un momento en que ésta se finge dormida. Rechazado altivamente, huye Pedro al monte y disfrazado de lobo se hace cazar por los perros del infante de Castilla que ha acudido á la corte provenzal con el propósito de casarse con la princesa. Esta, conmovida por el sacrificio que para reconquistar su gracia ha realizado el trovador, acoge bondadosa al que osó besarla y aun pretende devolverle el beso que de él recibiera. El infante, en cuya alma celosa é irascible no caben tales delicadezas, desiste de su propósito y vuelve á su tierra indignado de la blandura de la princesa en tanto que ésta, en señal de perdón magnánimo, tiende las manos á su trovador.

En la interpretación de *Cuento de abril*, se distinguen especialmente la señorita Velázquez y los señores Calvo y Vaz.

El decorado notabilísimo del Sr. Ros y Güell y los trajes lujosos y apropiados, completan dignamente el conjunto artístico de la obra.

HOMENAJE AL POETA DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

Edición de gran lujo, tamaño folio, de sus bellísimas **DOLORAS**, ilustradas con numerosas viñetas intercaladas en el texto, dibujadas por los celebrados artistas **José Luis Pellicer** y **José Sala** y veintiséis preciosas láminas, impresas en colores, copias de otros tantos cuadros del notable pintor **José M.^a Tamburini** ejecutados expresamente para esta edición. Agotada la tirada de este libro y siendo muchos los pedidos que se reciben de esta notable edición, hemos procurado completar un número escaso de ejemplares que ponemos á la venta, lujosamente encuadrados, al precio de 15 pesetas ejemplar.

CESAR Y MINKA



Criadero y comercio de perros de casta ZAHNA (Prusia) recomienda

Los más notables perros de casta perros de guarda, de lujo y de compañía así como todos los perros de caza, desde el grande Dogo de Ulm y el Perro de monte hasta el más pequeño perrito faldero. Lista de precios ilustrada gratis. Envío á todas las partes del mundo y en todas las estaciones del año.—Gran exposición permanente en la estación ferroviaria de Zahna.

APIOLINA CHAPOTEAUT



Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas.

PARIS, 8, Rue Vivienne y en todas farmacias.

SALUD DE LAS SEÑORAS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN